

3127

AÑO XI

NÚM. CXV



Revista de

Extremadura



CIENCIA Y ARTE

Órgano de las Comisiones de Monumentos de las dos provincias.

SUMARIO

Páginas.

PUBLIO HURTADO.—Tras el eterno ideal	I
NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.—Cantares	7
JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.—Excursiones extremeñas: Llerena	8
VICENTE PAREDES.—Los Zúñigas, Señores de Plasencia, <i>(continuación)</i>	13
MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA.—El canto de las cañas	29
M. ROSO DE LUNA.—Las enseñanzas orientales y la geología	31
MANUEL URIBE.—Ante la tumba de un usurero	46
ANTONIO JOSÉ RESTREPO.—Elegía antigua	47
LA REDACCIÓN.—Advertencia	48

TRAS EL ETERNO IDEAL



AL expirar una tarde de otoño del año de 1570, un jinete joven y cenceño, sudoroso, polvoriento y agitado, entraba en la ciudad de Bolonia á todo el correr de su caballo.

Cubría su cabeza un sombrero alto de forma cónica, plegada copa y pequeñas alas; jubón y calzas de lana color leonado, con bullones en el arranque de las mangas y greguescos acuchillados de los llamados *trusas*, ceñíanle el cuerpo; su garganta ostentaba gorguera milanesa, circular y cerrada, de borde encañonado, si bien deslustrada y caída á causa del sudor copioso que fluían todos los poros de su cuerpo, y de su cinturón pendía escarcela blasonada.

El corcel, que echaba espumarajos por la boca, detúvose al freno de las bridas ante una casa de modesta apariencia, y el jinete echó pié á tierra con notoria precipitación y llamó á la cerrada puerta.

—¿A quién buskais?—preguntó entreabriéndola al poco rato una dueña que había acudido á los aldabonazos.

—A maese Jerónimo Cardan.

—¿Qué le queréis?

—Si le busco ¿qué he de querer?... Verle, si es que vérselo puede, contestó con altanería el caballero.

—¿Me diréis vuestro nombre?

—No lo conoce. Decidle que es un hidalgo que tiene necesidad de hablar con él.

La dueña calló, y por el ruido de sus pasos parecía que se alejaba; mas volvieron á percibirse á los pocos minutos, abrió la puerta é invitó al recién llegado á que la siguiese, conduciéndolo al despacho del



insigne médico, matemático, taumaturgo y cabalista, el cual, vestido con una raída sotanilla y cubierta la cabeza con una caperuza de punto, se hallaba sentado cerca de una ventana, teniendo abiertas ante sí, sobre una mesa, como infolios de consulta, la *Historiæ animalium* de Conrado Gesner, el creador de la botánica científica, la obra de Copérnico *De revolutionibus orbium cælestium*, la de Pico de la Mirandola *De omni re scibile* y la *Quimatria* de Agrícola, de la que tomaba un apunte al serle anunciada la entrada del forastero.

Cambiados los saludos que las reglas de la más rudimentaria urbanidad exigían, el sapiente anciano preguntó al fatigado visitante:

—¿Tendríais la bondad de decirme qué es lo que demandáis de este humilde servidor?

—La felicidad—respondió el doncel con la voz alterada, sin duda por la agitación de la carrera.

Semejante contestación selló por el pronto la boca de Cardan, pero le avivó los ojos, cuya sutil mirada, á guisa de sonda, tanteó con empeño las facciones del advenedizo, buscando en ellas un resquicio favorable por donde deslizarse hasta su espíritu, ó caracteres de esos que para el ojo experto de la sabiduría revelan desde luego lo que es un secreto para los ignaros. Y no fué infructuosa su pesquisa, pues en breve halló en el caballero un *aliquid* extrausual, anómalo, síntoma tal vez de desequilibrio en sus facultades, cuyo alcance no podía medir por el pronto.

El joven, al ver que el maestro guardaba silencio, le interrogó:

—¿Os admira mi demanda?

—Efectivamente.

—Sí, no habréis escuchado muchas por el estilo. El género humano se preocupa poco de lo que más le interesa. ¡Estulto!

—¿Y por qué venís á hacerme á mí semejante confianza, pregunta... ó lo que sea?

—¿Pues á quién he de hacerla?... ¿Al imbécil? ¿al patán? ¿al galeote?... No: quien puede deparármela ó guiarme á lugar en que la encuentre, es el filósofo, el doctor, el omnisciente... ¿Para qué tenéis entonces fama de tal, si á la humanidad no aprovechan vuestras luces?

—¡Malo!—pensó para sí el catedrático de la boloñesa.—Este, cuando menos, es un neurótico. Y alzando la voz le dijo:

—Tomad asiento.

El invitado se sentó en un sillón de cuero, al lado opuesto de la mesa, dejando su sombrero sobre un escaño próximo.

—Departamos con sazón... y antes de que yo pueda iluminaros

como deseais, sepa yo con quién hablo, qué le ha pasado en sus días y qué le ocurre al presente, para poder formar juicio.

—Sí, sí... hablemos con espacio, porque de lo que os oiga, va á depender mi destino—repuso el huésped con acento que revelaba una resolución inquebrantable.

Cada palabra que soltaba era un síntoma para Cardan, quien bien pronto dedujo de ellas que su huésped no estaba en sus cabales.

II

—Pues os diré, maese, que soy hijo del burgrave de Okenfels y me llamo Rodulfo. Soy de temperamento nervioso...

—Ya, ya.

—Y de un tesón tal, que como se me ponga una cosa en la cabeza...

—Lo comprendo. Seguid.

—Mis padres que trataron de hacer de mí un hombre ilustrado, no perdonaron ocasión de instruirme, y cursé con algún provecho en las universidades de Tréveris, Heidelberg, Lovaina y Pavía, sacando en limpio al fin de la jornada, que el hombre debe procurar primero ser feliz, después ser feliz y siempre ser feliz, para hacer después felices á los demás. ¿No os parece que tal debe ser la aspiración individual y social?

—Perfectamente.

—Pues en busca de la felicidad, llegué á cincuenta puertas, hilvané cien amistades y sondeé mil corazones. ¡Qué odisea tan desgraciada! Habité el castillo del señor feudal y el palacio del margrave, honrados y obedecidos por aldeas y comarcas, y no la encontré en ellos; pero sí á la envidia acechando con ojos de aumento, las grandezas y satisfacciones del vecino, y á la codicia, nunca saciada de riqueza y poderío, turbando á todas horas la placidez espiritual. Descendí á las casas de honrados menestrales, hábiles en sus oficios y queridos de sus conciudadanos, y las hallé pobladas de dolores físicos, escasez de recursos y de otros cien torcedores de la dicha. Un togado, de quien me acompañé después, pudo haber encadenado á la esquiva deidad; mas era tan escrupuloso en su profesión, que aun juzgando rectamente, le quitaba el sueño la posibilidad de errar en sus fallos. Entré de novicio en un convento, creyendo que allí, como casa de Dios, podía morar la felicidad, y... ¡maese! al mes tuve que huir de tal recinto, semillero perpetuo de discordias y malas voluntades. Oí quejarse al célibe de pri-

vaciones y aislamiento; al casado de despilfarros, reyertas é infidelidades. Descubrí bajo los harapos del mendigo la llaga purulenta, nido del dolor, y bajo el brocado del procer la lacería moral, cien veces más molesta y corrosiva; y por todas partes, como secuela necesaria, á la lealtad perseguida por la traición, á la buena fe por el engaño, á la razón por la injusticia, á la virtud por la calumnia. Y yo me preguntaba exasperado: «¿pero el templo levantado por Lúculo en el Velabro, pudo erigirse á una divinidad fantástica, que no hubiese jamás asentado su planta sobre la tierra?... Ese concepto tan traído y llevado por los sabios y filósofos del mundo, aspiración eterna de la humanidad ¿no se ha de traducir una vez sola en realidad palpable para algún nacido?»... Y propuesto á ser dichoso, buscando la felicidad por todos los ámbitos de la tierra, al verme burlado cien veces y desconfiando ya de mis agotadas fuerzas, me acordé de usarcé... de usarcé que lee el porvenir en la página enigmática de las planicies siderales; que en sus éxtasis y sueños maravillosos ve cuanto sucede y ha de suceder; y que en comunicación con el mundo suprasensible, por medio de ese, su genio Veneriano, recibe de él la inspiración de sus grandes concepciones, para que poniendo á mi servicio su omniesciencia, me abra á cualquier precio, con el *eureka* de su sabiduría, el templo encantado en que esa deidad mora, anunciándome si he de ser feliz y en dónde he de encontrar la felicidad.

Cuando terminó esta perorata, las pupilas de Rodolfo brillaban con extraña luz y todo su ser temblaba como el de un azogado.

El anciano, que lo había escuchado, á la par con deleite y compasión, por descubrir en él una inteligencia lúcida, pero extraviada, le preguntó después de unos instantes de silencio:

—¿Y venís ahora de Okenfels?

—No maese, vengo de Padua, de cuya Universidad sabía que fuís-
teis Rector, y donde presumía que me darían razón de vuestro pa-
radero.

—¿De cuánto tiempo disponéis?

—Del que sea necesario.

—¿Alguien os acompaña?

—No, vengo sólo.

—Entonces... vais á quedaros aquí, en mi casa, esta noche.

—Donde digáis.

Acto seguido Cardan hizo que la dueña ayudase al forastero á meter el caballo en un cobertizo que había en el corralillo de la casa, y hecho así el docto anciano invitó al hijo del burgrave á compartir con

él, la frugal cena preparada para él y su reducida servidumbre, cena de sabio, nada ocasionada á pesadillas ni indigestiones.

Levantados los manteles, maese Jerónimo guió á su huesped á la habitación que le habían preparado y le dijo:

—Esta es vuestra alcoba... modesta, pero donde habéis de pasarlo bien. Cuando os hayáis acostado, avisadme.

Rodulfo así lo hizo, viendo aparecer á aquel con un tarro de vidrio en la mano izquierda, donde introdujo los dedos índice y anular de la derecha, y empapados en un licor viscoso y oscuro que aquel contenía, comenzó á friccionar las sienes del joven.

—¿Qué sustancia es esa?

—Sangre de abubilla.

—¿Y qué virtud tiene?

—Ya lo sabréis. Ahora dejadla que se seque por sí sola... y descansad.

—Buenas noches y hasta mañana.

El maestro salió y cerró tras sí la puerta.

Rodulfo quedó suspenso. Aquello era todavía más estrambótico que su embajada, pues no se había quejado de dolor alguno, para que le propinasen unterio ni lenitivo de ninguna clase. Y luego ¡sangre de abubilla!... Mas el cansancio hizo su efecto, y de allí á cinco minutos, roncaba con el estrépito y desahogo de un obeso abad benedictino.

III

Un rayo de sol que se filtraba vibrante y juguetón por una rendija de la ventana de la alcoba, tocó con sus dedos luminosos y candentes los cerrados párpados de Rodulfo y lo despertó.

—¡Ah!—exclamó con dejo apesadumbrado, incorporándose en el lecho y mirando enredor suyo.—¡Huyó! ¡todo fué un sueño!

Y atacándose calzas y jubón, después de refrescarse la cabeza con agua serenada, salió de la alcoba y pasó al despacho del *magister*, al que encontró con los codos sobre la mesa, la cabeza entre las manos y los ojos campeando por las páginas de su célebre obra *De vita propria*, precursora y con avances más determinados de las célebres *Confesiones* de Rouseau.

—Buenos días, maese.

—Dichoso nos los depare Dios, noble joven. ¿Habéis descansado?

—¡Oh! sí, descansé.

—¿Y qué? Paréceme que no amanecéis del todo satisfecho... que os levantáis un tanto contrariado.

—En efecto, lo estoy.

—Por lo visto es vuestro estado normal.

—No os diré que no; mas ahora precisamente lo que me contraría, es haber perdido lo que hasta esta noche no había encontrado nunca.

—¿Y qué es ello?

—La felicidad.

—¡Cómo! ¿habéis ya sido feliz?—le preguntó sonriendo benévola-mente el sabio.

—Por primera vez en mi vida. Así que me dormí, parecióme como que me transportaban á un mundo desconocido, pero ideal é inmaculado. Yo, que nunca fijé mi atención en las mujeres,—cosa inverosímil ¿no es verdad?—hallé á mi lado una beldad, como no es posible concebirla, cuya belleza sobrehumana estaba realzada por efluvios de candor y de inocencia, que formaban en torno suyo un nimbo seráfico, á través del cual la contemplaron estáticos mis profanos ojos. —«Yo soy la felicidad»,—díjome con frase púdica y sonora,—«y he sido enviada por Dios, que nunca es sordo á quien con fe le pide, para alegrar tus horas. Ven conmigo y te enseñaré este mundo de bienaventuranza, para que no dudes un sólo instante de su existencia.» Y tomándome de la mano, recorrimos espacios infinitos llenos de luz, de perfumes y armonía, donde las perspectivas pictóricas se sucedían artísticas y fascinadoras; donde los árboles batían palmas al Altísimo; donde las fuentes y los mares, cantaban alabanzas á su Dios; donde las flores, como de inmenso pebetero, enviaban hasta el trono del Eterno sus esencias delicadas en alas de la brisa juguetona; donde aves y cuadrúpedos, insectos y reptiles, reconocidos á su Creador, ensalzaban su nombre soberano, al primer albor del día... Donde los hombres, más que hombres eran espíritus angélicos, que vivían una vida de delicias perdurable. Todo respiraba allí magnanimidad, justicia, candor y sinceridad. Ni un estigma de vicio, ni una mueca de dolor, ni una sombra de pecado. Aquello era... lo que debió ser el Paraíso de que el Arcángel, blandiendo su flamínea espada, arrojó para *in eternum* á nuestros primeros padres.

—Pues ya ves: merced á la fricción que anoche os dí, habéis hallado lo que buscábais.

—No; pero eso ha sido un sueño, una ilusión, una quimera. ¿Cómo

me he de conformar con ello?... Yo busco la felicidad real y positiva, para gozar de ella aquí, en el mundo tangible.

—Pues eso ya... es mucho buscar.

—¡Mucho decís!

—Seguramente. Y si os engaãáis, vais á batallar contra un imposible.

—No os comprendo.

—Pues es muy sencillo; y me extraña que con la privilegiada inteligencia que revelais, no lo hayais adivinado. Llegásteis á mi casa buscando la felicidad ó indagando su paradero, y yo he hecho cuanto en mi ha estado por complaceros.

—Pero ¿cómo?

—Demostrándoos que la felicidad absoluta nó es más que un sueño sobre la tierra.

PUBLICO HURTADO.



CANTARES

Ya no te gusta escribirme,
que el amor tiene su fin,
y la ausencia cura amores
como te ha pasado á tí.

Pensé que te iba olvidando,
y al pensar que me olvidases,
se despertó mi cariño
más poderoso y más grande.

Ya la Virgen me abandona
á las luchas de la vida,
cuando me deja que quiera
á quien será mi rüina.

Me dice mi corazón
que pronto me olvidarás,
¡ya cuando sueño contigo,
lloro siempre al despertar!

Bajo aquel cielo tan claro
y detrás de aquellos montes,
vivirá feliz la ingrata
que ha olvidado mis amores.

Que me hablen de ti no quiero
para no perder mi fe,
pues no quiero que me cuenten,
lo que no quiero saber.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

EXCURSIONES EXTREMEÑAS

LLERENA



LA noble ciudad de Llerena atrae por su historia al viajero curioso de pasados recuerdos. A ella redujeron algunos historiadores la *Regina Turdulorum* del itinerario de la vía romana de *Emérita Augusta á Hispalis*, alegando en testimonio algunas inscripciones halladas por aquellos contornos. La crónica medieval nos dice que Llerena fué ganada á los moros en 1241 por los caballeros de Santiago, y que en ella hicieron su residencia los Maestres de esta orden, entre los que se distinguió Pelayo Pérez Correa; que en ciudad por tal modo engrandecida reunió las Cortes generales del reino el rey D. Alfonso XI en 1340; que fué luego sede episcopal; y, en fin, que allí tuvo su asiento el Tribunal de la Inquisición, triste recuerdo y señal de tiempos calamitosos para la conciencia humana, que parece proyectar una sombra en la historia de aquel centro famoso de la vida político-religiosa de la región extremeña en que está enclavado.

El viajero que desee repasar esa historia en los monumentos arqueológicos debe buscar el recuerdo tangible de la ciudad romana de *Regina*, no en Llerena, sino á alguna distancia de ella, junto al vecino pueblo de Casas de Reina, casi frente á su estación ferroviaria, á la mano izquierda. Allí aparece un arruinado teatro romano, muy singular por su estructura y por lo curioso de sus restos. De este teatro, no mencionado por el viajero Ponoz ni registrado por Cean Bermúdez en el *Sumario de las antigüedades romanas*, quedan los restos muros, que todavía dibujan sobre la tierra removida por el arado el hemiciclo destinado á los espectadores, quedan los angostos pasadizos de dos *vomitórios* ó entradas á las localidades; queda, en fin,

y es lo más importante, el muro de la escena ó fondo del escenario, con sus tres puertas reglamentarias, la central *puerta regia*, por donde hacían su presentación al público los dioses, los héroes, los monarcas que intervienen en la tragedia antigua, y las de los lados por donde entraban los demás personajes. Conserva este muro por su cara posterior varias hornacinas, que, según era costumbre, debieron estar decoradas con estatuas, de las cuales una de marmol se halló hace poco en aquel campo.

Trátase de un teatro romano más pequeño que el de Mérida, el cual es proporcionado á una gran población; pero que aventaja á éste y á los demás teatros de España en la dicha circunstancia de conservar bastante completo el muro del escenario, pues solamente conocemos otro que conserva tal resto, el de Clunia, bien que el muro de éste es de tapial, falto de su revestimiento y no de piedra, magnífico como el de *Regina*. No se disfruta de la vista del monumento completo. La tierra no permite apreciar más que la parte superior del muro y oculta el pavimento de la escena, como asimismo las graderías de la *cavea infima* ó sea las localidades más importantes del teatro y el espacio hemisférico ú *orchestra*, donde funcionaba el coro.

Pidiendo está á la cultura nacional aquella noble ruina, medio enterrada, unas excavaciones que pongan de manifiesto tan preciado testimonio de un pasado glorioso. Esas excavaciones no serían muy costosas, y las personas ilustradas de Llerena, formando una Sociedad Arqueológica, parecida á la que descubrió la Necrópolis de Carmona, la cual era empresa mucho más vasta y costosa, pueden realizarlo, dando con ello alto ejemplo de patriotismo.

El viajero que vaya á ver este teatro romano no debe dejar de visitar también otro monumento asimismo importante y que acredita la importancia de la región en que Llerena está enclavada. Queremos hablar del castillo árabe que se alza sobre una eminencia, casi frente al teatro romano, y al otro lado de la vía férrea, entre los pueblos de Reina y Casas de Reina.

Más que castillo vasta ciudadela, construída de sólido tapial, con recias cortinas y poderosas torres octógenas unas y cuadradas otras, se alza imponente la vetusta fábrica que perfilando su defensa en línea recta por Occidente y en línea quebrada á causa de las desigualdades y escarpados del terreno por Oriente, se extiende desde el Sur, donde tiene su puerta flanqueada de torres hasta el Norte en espacio de unos 120 metros y cerca de 100 de anchura.

Envolvía esta construcción defensiva otra más pequeña y central,

casi derruida, y sólo se ve en pie una ermita en la que algunas columnas visigodas dan testimonio de aquella vieja civilización de comienzos de la Edad Media.

Tales son los restos de las tres antiguas y sucesivas civilizaciones, romana, visigoda y árabe, que atestiguan del pasado de aquella región en que surgió poderosa Llerena desde la reconquista.

Todavía conserva la caballerisca ciudad el aspecto que le dieron los reconquistadores al fortificarla para estar prevenidos contra la morisma. Conserva, en efecto y en muchas partes, sus murallas con sus cortinas que se ocultan hoy entre las casas y con sus macizas torres cuadradas, á las que todavía se sube desde el adarve. Consérvanse en gran parte estas murallas, reconstruídas á trozos en distintas épocas y con dos de sus puertas flanqueadas de torres. Repasando estos restos se advierte que algunos trozos de murallas son de tapial, de fábrica árabe, posiblemente aprovechados por los cristianos al fortificar de nuevo la ciudad. Sobre el arco de la puerta de Montemolín, una lápida proclama que esta obra defensiva data, por el contrario, de tiempos más recientes, del reinado de Felipe II y del año de 1578.

Las etapas de la dominación cristiana y del engrandecimiento de la ciudad pueden repasarse aún mejor en los monumentos religiosos. De ellos, el más viejo é importante es la magnífica portada de la iglesia parroquial de la Virgen de la Granada. Nos referimos á la portada principal, sobre cuya vetusta fábrica de piedra asienta la esbelta torre de ladrillo, levantada en los días del Renacimiento.

Dicha fábrica de piedra, vetusta y patinada por el tiempo, muestra una bella ventana ajimezada con arcos apuntados y lobulados, y bajo una cornisa con labrados canecillos se abren las archivoltas de la portada con la amplitud y robustez características del gótico primario. La primera archivolta, dibujada sobre el muro con un festón de puntas de diamante, está decorada con leones, y junto á la clave, en que hay una cruz con dos castillos; son los emblemas heráldicos de la realeza y del priorato de León á que pertenecieron las fundaciones extremeñas de la orden de Santiago. Puerta de tal lugar y con tales timbres decoradas, debió servir para la solemne entrada en el templo del rey Don Alfonso XI y de los diputados de las dichas Cortes de Llerena, á mediado del siglo xiv, para celebrarlas en el sagrado recinto, como era costumbre.

No conserva la iglesia de la Virgen de la Granada resto más antiguo que esta portada. Sus naves, reconstruídas en el siglo xvii, no responden al carácter religioso de aquel hermoso trozo ojival; y me-

nos corresponden las portadas laterales del xviii, la que dá á la plaza cortada y desfigurada su fábrica de sillería para elevar dos pisos de galerías con arcos y balconaje, constituyendo tan destartada máquina ideada por la curiosidad malsana, impropia fachada de un templo y más impropio medio de que los hijos de Llerena, devotos de aquella milagrosa imagen, presenciaran desde tal sitio los autos de fe y las corridas de toros (!!!).

Por el opuesto lado, que es el del Mediodía, se vé adosada al cuerpo principal de la iglesia, é incrustada á su nave lateral, una construcción cuyo estilo, del último período de la arquitectura ogival, denota ser obra de los últimos años del siglo xv ó los primeros del xvi. Es la rica capilla fundada por D. Luis Zapata, «refrendatario y relator», como se llama en una inscripción allí puesta, de los Reyes Católicos y de Carlos V, y por doña María de Chaves, su mujer. Es una hermosa capilla de airosa traza, cerrada por verjas góticas de hierro forjado, adornada con zócalos de azulejos mudejares de peregrina laceria, esmaltada de vivos reflejos.

Al fondo se abre el coro, con sillería en que el respaldo de la silla presidencial aparece adornado con el blasón de los fundadores, y sobre el coro la tribuna de los mismos con antepecho á la iglesia. Por desgracia, un retablo barroco sustituyó al primitivo, que sería notable.

Una curiosidad arquitectónica hay en esta capilla y es, disimulada en el espesor del muro de su ábside al lado izquierdo, una doble escalera de caracol, ó sea dos enlazadas, que permiten subir por una y bajar por otra; singular disposición combinada que acredita la pericia del ignorado arquitecto de esta capilla.

Otro ejemplar notable y aún más importante de la arquitectura ogival hay en Llerena: la iglesia parroquial de Santiago. Una inscripción trazada en hermosos caracteres góticos, entre bellos adornos sobre el lienzo exterior de uno de los muros del ábside, nos informa de que mandó construir aquel templo, allí llamado modestamente *capilla*, D. Alonso de Cárdenas, gran maestro de la Orden de Santiago, y que la obra fué acabada el año de 1432.

En las lindas portadas campean los blasones del fundador, y bajo la elegante y sencilla nave del sagrado recinto se repiten los timbres de nobleza en dos trozos ó fajas del retablo mayor primitivo, que aparecen entre los abultados adornos del retablo barroco con que cubrió el primero la corriente artística del siglo xviii. Son estas fajas ó restos de un friso, esculpido en piedra y policromado, hermosa muestra de la escultura del siglo xv. Destacan en ellas de medio relieve imá-



genes de santos y santas con peregrinos' trajes y blasonados escudos sustentados por ángeles de ropas récamadas. El buen gusto de estas composiciones decorativas, la finura de los plegados, la nobleza y gracia de las actitudes son excelencias que avaloran este friso y dan á entender el mérito del dicho primitivo retablo, en mal hora cubierto por el otro barroco.

En el presbiterio, á la mano izquierda, se ven en pie y adosadas á la pared sobre pedestales en los que resaltan sus blasones sustentados también por ángeles, las estatuas de los fundadores, que yacentes estuvieron sin duda en el centro de la iglesia. Aparece D. Alonso de Cárdenas con birrete y el casco á los pies, vestido de armadura, con sobrevesta, manto en el que ostenta la cruz de Santiago pintada de rojo sobre el mármol, guanteletes puestos y sujetando entrambas manos la espada. Su esposa envuelta en los pliegues de un hábito y manto con el que vela su cabeza, tiene entre los dedos un rosario. Dos negros lobos en campo de plata constituyen el timbre del caballero; una luna de plata en campo azul oscuro el de la señora.

Notable monumento de la Edad Media es también el palacio episcopal, en cuya portada sobre el arco ogivo y recuadrado por un festón de noeles destaca el escudo con el capelo, ostentando el león y las conchas de Santiago. En el interior de esta histórica morada hállase un patio típico de aquella arquitectura regional, con arcos peraltados al modo arábigo sobre pilares octógonos y arcos rebajados en las galerías superiores, todo blanco, enjalbegado, lo que presta mayor realce á los naranjos que dan al lugar aroma y frescura.

En la casa de la Inquisición apenas se acierta á ver un exíguo trozo de su portada gótica, y en su interior un patio de igual tipo que el acabado de describir y algunas naves y cámaras con grandes arcos de ladrillo, que se recorren con pena y se abandonan sin sentimiento.

De los tiempos modernos, un monumento solo citaremos: el camarín de la histórica Virgen de la Granada en su dicha iglesia. Es obra importante del arte barroco, construída en los tres primeros años del siglo xviii. En ella desarrolló fastuosamente el gusto decorativo de la época su riqueza y su ingeniosa combinación de motivos. En las pilastras que sustentan la cúpula es de notar la combinación del águila imperial y la corona, el lirio de la Virgen y los símbolos de la abundancia de los campos; notable alegoría de la riqueza de Llerena bajo la protección de su imagen tutelar.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

De *El Correo*.

LOS ZÚÑIGAS, SEÑORES DE PLASENCIA

(Continuación). (*)



PRIMER AGRAVIO QUE, RECIBIÓ DEL REY, D. ÁLVARO DE ZÚÑIGA.— Poco tiempo después de haber dado D. Beltrán de la Cueva un hijo al Rey, según la voz pública, éste le hizo Conde de Ledesma, en lo que agravió particularmente á D. Álvaro de Zúñiga porque esta villa la tuvo su padre D. Pedro desde 1429 á 1432. Este disgusto hubiera sido pasajero, si otros posteriores no hubieran venido á engrosarle.

Mosen Diego de Valera, que fué ayo del primogénito del Conde de Plasencia y tenía la gobernación de la justicia en Palencia cuando nació D.^a Juana, escribió al Rey una carta, en 20 de Junio de 1462, exponiéndole las quejas de los tres Estados del Reino, consistentes en no asesorarse en lo importante de quien debía; dar á personas indignas las dignidades con la agravante circunstancia de decirse que las daba por dinero; no querer oír á los que necesitaban que les oyera; ser mal pagador de los que en los libros tenía asentado que debía pagar, y que los corregidores se ponían sin pedirlo las ciudades y las villas, y que luego de puestos vendían la justicia. Esta carta de tan su amigo y padre espiritual, no pudo menos influir en el ánimo de D. Álvaro, pues no consiguió apartarle del gobierno de su casa y condado; en 26 de Marzo de 1462, desde su lugar de Fuentes escribía «al su concejo, Justicia, Regidores, Oficiales y Omes buenos de la su ciudad

(*) Véanse los números XLVIII—LIX—LXI—LXII—LXIII—LXIV—LXVI—LXVII—XCVIII—IC—C—CI—CII—CIV y CXI.

de Plasencia», aprobando la ordenanza que habían hecho sobre el peso de la carnicería; y el 27, desde el mismo lugar, sobre las rentas de la misma diciendo que era su voluntad siga cobrando «el su corregidor bachiller, Pedro García de la Torre, de las rentas de ella y que no aprueba el acuerdo de arrendar la carnicería á vuelta de otras rentas». El 14 de Agosto el Concejo accedió á que se cumpliera la concesión que abusivamente había hecho el Conde de Plasencia al de Medellín de que pudiera cortar cien carros de madera de los pinares de la Tierra, salvo en el Moreno y en el de la Bazagona, cuyas maderas las pedía para su villa de Medellín. Después de este abuso, en carta desde Béjar y usando rectamente de su derecho, eligió de las personas propuestas para los oficios en el memorial de los linajes, á Gonzalo de Paredes para el oficio de la Mayordomía del Concejo; á Juan Cabrerros y Alonso Lopez Castro, para la Mayordomía del Fuero y á Juan Ximenes para repartidor del Concejo. Cumpliendo asimismo con su deber, en 29 de Mayo de 1462 en carta fechada en Béjar, hace saber que por mandato del Rey la Dobra de la Banda valga 150 maravedís; la Dobra, 120; el Florín, 100 maravedís, y el Cuarto, cuatro maravedís. Después, el 27 de Junio del mismo año, desde el mismo Béjar mandó otra Carta Real y ordena sea pregonada, la cual fué dada porque después de mandado bajar los valores de las monedas, en vez de bajar los precios de las cosas habían subido, por lo que ordena se haga información de lo que valían las cosas antes del mes de Abril, en que se mandó la baja de la moneda y se tasen, y con arreglo á lo que resulte se vendan; excepto el pan, que por entonces no se tasaba.

Esto que á nosotros nos parece muy natural de que bajando el el valor de la moneda subiese el precio de las cosas, maravilló á los economistas de aquellos tiempos y tuvo atolondrado á los posteriores hasta el reinado de Carlos II el Hechizado, en que salieron los economistas del hechizo de tan falsa idea, el cual atolondramiento se ha reproducido en nuestros economistas contemporáneos en el problema de los cambios.

En uso de sus facultades vemos obrar al Conde cuando en 12 de Noviembre (1462) nombró á Juan de Buezo para el oficio de Regidor, vacó por la muerte del Regidor, su padre Ruy Díaz de Buezo.

Valiéndose el Conde de su derecho y facultades, pues no le correspondía otra cosa, como Señor de Plasencia, que el transmitirlo como vasallo del Rey, dijo en carta fechada en Plasencia á 18 de Enero, que por cuanto está informado no se cumple la prohibición hecha por las leyes de derecho y ordenamiento del de juego de los dados; manda

que se cumpla, se pregone, se castigue y ejecuten las penas incluso en las personas de su casa.

También usaba del derecho de indulto, uso muy bueno cuando se ejerce después de indemnizados las viudas, huérfanos ó herederos y demás perjudicados por el delincuente ó delincuentes que se indultan; pues en 19 de Febrero 1463, indultó de las penas á que habían sido condenados los pastores de ganado y los señores de ellos por los daños causados en los montes del Campo de Arañuelo.

Mansamente acordó el Ayuntamiento en la sesión del 24 Febrero (1463) dar mil maravedís de salario á un herrero, porque así lo mandó abusivamente la señora Condesa; pero más, más abusivo fué el que con fecha 1.º de Marzo mandase el Conde repartir y cobrar para sí los maravedís de las 16 monedas y su pedido, que el Rey mandó echar y repartir en su reino en este año. Este abuso, como el de mandar al Concejo nombrase sesmero á Francisco de Estrada, el 11 de Mayo, sin que se le hubiese propuesto, era originado como los demás, porque ya el señor Conde necesitaba dinero para entrar en las alteraciones é intrigas del Marqués de Villena, y porque á la Condesa se le había abierto la codicia y tenía que llevar á cabo las obras del convento que, por promesa de San Vicente hemos dicho se obligó á construir si volvía al sentido su primogénito.

En principios de este año, estando el Rey en Almazán, vino Embajador del rey de Francia y se acordaron avistarse en Fuenterrabía. Luego fué acordado que el Rey se fuese con su Corte á Segovia, de allí partió para Burgos pasados algunos días, estuvo hasta la cuaresma y desde allí fué á San Sebastián y allí le indujeron el Arzobispo de Toledo y su hermano el Marqués de Villena, que pusiese en manos del Rey de Francia sus diferencias con el Rey de Aragón, su tío, y estando á ello inducido, mandó á los inductores por sus Embajadores con sus Secretarios, los cuales traicionándole por el deudo que doña María Portocarrero, mujer del Marqués, tenía con la Reina de Aragón, negociaron anticipadamente la sentencia á favor del de Aragón y concertaron en 5 de Marzo de 1443, la vista del de Francia para Fuenterrabía, la cual se hizo en fin de Abril y en ella se leyó la sentencia.

El Rey D. Enrique se vino á Segovia y allí conoció había sido engañado y creyó que elevando más á D. Beltrán, Conde ya de Ledesma, contrapesaría el poderío de los grandes y á este fin encaminado, le dió la ciudad de Gibraltar, la villa de Ledrada y la del Colmenar, otras fortalezas y gran cantidad de juro de heredad en Sevilla; todo

lo cual fué causa de apresurar lo que ya tenían pensado los disgustados de la conducta del Rey.

El Arzobispo y el Marqués le llamaron á Logroño y le hicieron entrar en Lerín, y en Lerín le asustaban con escritos anónimos durante los tres meses de su estancia, y vista la falsía de ellos se fué á Logroño y de aquí á Segovia, á donde llegó más enojado que contento, donde reposó algunos días y partió para Madrid con la Reina, la Princesa y los Infantes, y allí fué el Marqués de Villena; pero como el Rey estaba tan resentido de las mentiras pasadas, le recibió mal y empezó el aumento del recelo entre ellos y la preponderancia del Conde de Ledesma, D. Beltran, con la que crecía la adversión del Marqués al Conde.

El Rey mandó al Marqués á Navarra para los nuevos tratos que decía traía el Marqués sobre Estella y desde allí mandó decir al Rey que el de Aragón no cumpliría los de Fuenterrabía, y el Rey les contestó, desabridamente, que hiciesen lo que les pareciese y se viniesen á Madrid, y ellos se vinieron y estuvieron esperando en Madrid al Rey, que se había ido á Andalucía á mediar en los alborotos de Sevilla, en donde pasó la Navidad y desde allí se fué á Gibraltar, en donde se vió con el Rey de Portugal, que vino de Ceuta, y en Gibraltar concertaron verse después en el Puente del Arzobispo. Luego que el de Portugal le avisó que venía á Guadalupe, salió nuestro Rey con la Reina, la Princesa y la Infanta D.^a Isabel, sin decir una palabra al Marqués de Villena, y allí, en el Puente, trataron el matrimonio de la infanta D.^a Isabel con el de Portugal, disgustando en ello al Almirante D. Fadrique que la deseaba para su nieto D. Fernando, hijo del Rey de Aragón, lo cual, añadido al disgusto que tenía el de Villena porque el Rey prescindía para obrar de su persona y consejo, ayudó á que se formase la gran liga de los Grandes contra el Rey.

DON ÁLVARO DE ZÚÑIGA ENTRA EN LA GRAN LIGA DE LOS GRANDES CONTRA EL REY.—No muy satisfecho del engrandecimiento de D. Beltrán de la Cueva seguía en el año 1464 en Plasencia D. Alvaro, más atento á su Señorío que á las revueltas de los cortesanos, sin que éstos dejaran de instarle á que tomara parte en sus alteraciones: en 7 de Abril, dice, vió el momerial de los linajes de la ciudad y nombró para este año (1464), Mayordomos, al Bachiller Diego Fernández Paniagua; Procurador, á Alfonso de Villalva; Mayordomo del Fuero, á su Alguacil Juan de Vergara y á Francisco, criado de García de Toledo. En 3 de Mayo el Cabildo Catedral hizo algunas datas de tierras á censos á Lope Ortiz de las Cuevas, montero mayor del Conde, residente en Her-

vás y en 28 de Mayo dió cuenta el Conde al Concejo de la carta dada en Madrid á 4 de Mayo por el Rey D. Enrique IV sobre la Moneda Forera, que se había de cojer de siete en siete años, habiendo sido la última en 1458, en reconocimiento del Señorío Real. En esto estaba entretenido cuando habían llegado las Bulas de la concesión del Maestrazgo de Santiago á D. Beltrán de la Cueva y cuando la conferencia de los Reyes de Portugal y España en el Puente; entre tanto la cual se marcharon disgustados los Grandes á Alcalá, ya coaligados con el Almirante D. Fadrique Enriquez, D. Rodrigo Pimentel conde de Benavente, yerno del Marqués de Villena, el Obispo de Coria y todos los hermanos y secuaces del Arzobispo de Toledo; pero antes el Marqués de Villena secretamente, fué con dos de mulas á las casas de don Álvaro de Zúñiga y de D. García Álvarez de Toledo, Conde de Alba, con los cuales se confederó contra todas las personas del mundo, con la condición de que en público fingirían que eran enemigos para engañar al Rey. Luego se tornó el Marqués á Alcalá á juntarse al Arzobispo, aparentando que estaban pasivos, pero en realidad dirigiendo toda la conspiración contra el Rey. Venido el Rey á Madrid, mandóles venir á él y contestaron que no creían seguras sus personas en la Corte, de la cual se apartaban y que si el Rey quería verlos y saber las causas de su apartamiento, señalara para verse un sitio en el campo. Señaló el Rey para ello entre Madrid y Alcalá; pero el Marqués dijo que para ir á Madrid previamente se entregasen las personas del Marqués de Santillana y la de D. Pedro de Velasco, Conde de Haro, al Arzobispo de Toledo, su hermano, y los tuviera en rehenes hasta que él volviera salvo á Alcalá, y que además prendieran al Arzobispo de Sevilla, que era su mortal enemigo. Luego que esto propuso avisó el Marqués al Arzobispo de Sevilla que el Rey le quería prender, con lo cual se enajenó del servicio del Rey el Arzobispo, y viendo otros muchos el mal pago que daba el monarca á sus servidores, también se le separaron, que era lo que descaba el Marqués de Villena. Estando este Marqués en el Palacio de Madrid aparentemente reconciliado con el Rey, dice Lafuente, oyó caer con estrépito las puertas del Alcazar D. Enrique y se refugió en un retrete con D. Beltrán y penetraron los alterados con ánimo de apoderarse de ellos auxiliados por el de Villena; pero el Marqués se adelantó, penetró primero en la estancia fingiéndose indignado de aquel tumulto, instando al Rey no le dejase sin castigo, cuya instigación no fué suficiente á alterar el ánimo del Rey sino ligeramente. Como creía que la causa de todo era la privanza de D. Beltrán, se propuso engrandecerle más y para ello determinó que luego

de ido á Segovia, en donde no estaría el Conde de Plasencia y otros que estaban en Madrid, le daría el Maestrazgo de Santiago.

En Madrid estaba el Conde de Plasencia, ya metido en todos los enredos, haciendo de enemigo del Marqués de Villena y con él de concierto; pues desde la conjura que con él hizo y aun antes, no dejaba el Marqués de estarle soliviantando su ánimo, pues ya en Junio había estado el Conde de Benavente en Plasencia y se le había festejado con corridas de toros, según el *Libro del Fuero*, y tanto menudeaban las entradas y salidas de los sediciosos que, para obsequiarlos, se apoderó el Conde de Plasencia de la pesca del río Jerte y de los otros ríos de la Tierra que criaban truchas, de tal modo que los arrendatarios tuvieron que pedir al Concejo que los precios del arrelde (dos libras) de los peces menudos del río Jerte, pudieran venderlos á ocho maravedís y los barbos á nueve, y de los otros ríos á un maravedí menos. Eran tantas las venidas á Plasencia de los de la liga que, en 25 de Julio de 1464, fué pregonado por mandado de los regidores y alcaldes «que ningún caballero é escudero de la dicha ciudad é su Tierra é de fuera, que trajere á caballo lanzon ó otra cosa con que quiebren tejado en la dicha cibdat, ó en la plaza della, é fagan otro daño que sean tenudos á pagar al dueño que le ficiere é allende de aquello caya en pena cada vegada en seiscientos maravedís para los muros de la cibdat.»

Entre tanto los alterados se confederaban con el Rey y Reina de Aragón en el real que tenía delante de Tarraga en 16 de Julio (1464) ofreciendo el de Aragón á los Grandes castellanos todo favor para la libertad de los infantes de Castilla D. Alonso y D.^a Isabel y para otros fines, lo cual juraron, quedando fuera de esta conspiración solo don Diego de Mendoza, Marqués de Santillana, que era suegro del Conde de Ledesma, D. Beltrán; D. Pedro, su hermano, y D. Pedro Hurtado de Mendoza, Obispo de Calahorra. Pretestaban para coaligarse lo que dijimos que Valera decía al Rey en su carta y para atraer á su partido á los dichos Mendozas se comenzaron á formar diversos partidos entre los Grandes y caballeros del reino; el un partido era el portugués, en que entraba en un principio D. Álvaro de Zúñiga, que opinaba se juntasen los Grandes y caballeros al Rey de Portugal y se entrase poderosamente en el reino de Castilla el Infante D. Fernando, su hermano, con título y voz del mal tratamiento que el Rey D. Enrique hacía á la Reina su mujer, por causa de D.^a Guiomar de Castro, con quien traía muy deshonestos amores; y por razón del Maestrazgo de Santiago, que se había ofrecido al mismo Infante D. Fernando, y por las otras cosas que se habían concertado con el Rey de Portugal, por vir-

tud del matrimonio del Rey de Castilla con la Reina D.^a Juana, su mujer, que no se habían cumplido. En esta confederación entraban con el Conde de Plasencia el Almirante de Castilla, los Arzobispos de Toledo y Santiago, el Obispo de Cuenca, los Condes de Haro, Alba y Benavente, Trastámara y Paredes; el Marqués de Santillana, Pedro Mendoza, Juan Ramírez de Arellano y otros muchos, que en esta parte se convinieron con ellos. Eran conformes que todos estos con el Infante D. Fernando de Portugal, fuesen á Maqueda y tomasen los Infantes D. Alonso y D.^a Isabel, que estaban en aquella villa con la Reina doña Isabel, su madre, y teníalos á su cargo Pedro de Bobadilla. De allí habían de escribir á las ciudades y villas las causas porque lo hacían y lo hicieron saber al Rey de Portugal, juzgando que el de Castilla llamaría en su ayuda al de Aragón y éste no le auxiliaría y sí á los coaligados.

Opinaban otros que si el de Castilla no llamase al de Aragón ó el de Portugal no quisiese juntarse con los Grandes, todos se debían juntar con el de Aragón y hacer cabeza del partido al Infante D. Alonso. Algunos creían peligroso poner las cosas en manos del Rey de Aragón y decían era mejor que ellos obtuviesen el Cetro Real y le diesen cómo y á quien mejor les pareciese.

Otros, viendo que el Rey era solo de sus privados, opinaban por destronarle ignominiosamente y confiaban en que, cuando los demás lo viesen ejecutado, vendrían en ello y seguirían la empresa, por lo cual deliberaron algunas veces la prisión del Rey y la de D. Beltrán, Conde de Ledesma, antes que dar entrada al Rey de Aragón, pusieron toda su esperanza en apoderarse del Infante D. Alonso, que era de muy corta edad, con objeto de tener ellos el regimiento de su persona y el del Reino á su antojo.

Por temor de que los sediciosos se apoderasen del Infante, mandó el Rey D. Enrique concertar el matrimonio de este Infante con doña Juana, á lo que el Rey de Aragón se oponía si no se hacía el de su hijo con la Infanta D.^a Isabel, que era su mayor deseo.

Estas discrepancias las utilizaba todas el Marqués de Villena para encaminar todos los sucesos á conseguir le nombraran Maestre de Santiago.

COMO EL CONDE DE PLASENCIA, D. ALVARO DE ZÚÑIGA SE ENCARGÓ CON EL DE ALBA DE PRENDER Á LA REINA Y Á LA PRINCESA.—Castillo, en el capítulo 62 de la Crónica del Rey D. Enrique dice que, después que el Rey llegó á Segovia, el Marqués de Villena publicaba que los Condes de Plasencia y Alba eran sus enemigos y convenía, para con-

tinuar él tranquilo en la Corte, que el Rey los mandase llamar y así lo hizo. Entre tanto sucedían estas cosas, vinieron las Bulas del Papa para nombrar á D. Beltrán Maestre de Santiago, lo cual el Rey lo comunicó al de Villena, y éste dijo que más convenía el nombramiento al Infante D. Alonso, cuyo nombramiento no daría lugar á tantas alteraciones si el Infante hubiera venido.

Viendo el de Villena elevado á D. Beltrán sobre él con el Maestrazgo, que tanto ansiaba para sí, trabajó cuanto pudo la deshonra y perdimento del Rey y así pensó prender al Rey, á la Reina y á la Princesa, tomar á los Infantes y matar al Maestre. Concertóse con Hernando de Carrillo, casado con una dama de la Reina, se lo facilitara dando entrada á los que tenía dispuestos de modo que «él tomase á los infantes; el Conde de Paredes prendiese al Rey; el Maestre de Calatraba al nuevo Maestre de Santiago é le degollase; é los condes de Plasencia y de Alba á la Reina é á la Princesa». Pero aquella misma noche, en que se había de ejecutar, tres horas antes, le fué descubierto al Rey estando en el Alcázar el Marqués de Villena, de lo que fué D. Enrique muy turbado y pidió parecer á algunos de su consejo y todos opinaron debía prender al Marqués de Villena, puesto que le tenía en su palacio, á lo que se opuso el Rey porque creía deshonroso que teniéndole sobre seguro lo hiciera; pero mandó que Gonzalo de Saavedra y Alvar Gomez se lo entrasen á notificar para saber lo que respondía.

Él respondió que no sabía tal cosa y que iría á saber la verdad, y que si alguno de los suyos eran en culpa, los entregaría á la justicia para que fuesen castigados.

Se fué á extramuros de la ciudad, al monasterio del Parral y se aseguró con grande guardia. Después nunca entró en la ciudad, antes hacía que el Rey fuese á hablar con él, pero no el nuevo Maestre.

D. ÁLVARO DE ZÚÑIGA, INDUCIDO POR EL MARQUÉS DE VILLENA, ENGAÑÓ AL REY PARA PRENDERLE. —Luego que el Marqués de Villena no pudo la segunda vez prender al Rey, volvió á tratar con los Condes de Plasencia y Alba el modo de hacerlo en Julio del 64, y para el efecto acordaron que los dos Condes pidieran al Rey una entrevista para saber del Monarca las condiciones de la reconciliación de ellos con el Marqués de Villena, y como el Rey tanto lo deseaba, luego que se lo propusieron, señaló para tenerla entre el monasterio de San Pedro de Dueñas y Villacastín, en donde los Condes estaban. Para esto el Rey se fué á San Pedro con D. Beltrán y el Obispo de Calahorra.

Los Condes estaban en Villacastín y el Marqués de Villena, fingiéndose enemigo de ellos, en Lastrillas.

El Maestre de Calatrava, el Conde de Paredes, el Obispo de Calahorra y los Manriques, puestos en camino, no podían llegar el día señalado para la entrevista y la señalaron para el día siguiente, por lo que, el Rey durmió en el monasterio, y cuando caminaba al otro día á la entrevista, le vino aviso que el de Calatrava y los suyos le venían á prender; él dudoso, mando al Obispo de Calahorra y á Castillo, su cronista, lo fueran á saber de boca de los Condes; pero estos emisarios encontraron en el camino á otros que iban también á hacérselo saber al Rey, con los cuales se volvió Castillo, y oídos, el Rey mandó á Castillo con orden á D. Beltrán de que no peleara y fuese á Segovia. El Rey, con pocos de á caballo, huyó sierra arriba para Segovia clamando auxilio de los campesinos, con los cuales en número de cinco mil, entró en la ciudad; entre tanto el Obispo de Calahorra increpaba á los Condes por su ingratitud al Rey.

Descubierta esta indigna trama y conociendo su infamia, se atemorizaron los Grandes al grito de sus conciencias y se fueron á Burgos, cuyo castillo ó fortaleza era tenido por D. Álvaro Conde de Plasencia.

Los que acompañaban al Rey se fueron á Segovia.

El Rey, de Segovia pasó á Valladolid, en donde recibió la célebre carta de los conjurados escrita en 29 de Septiembre, en la que le acusaban su mala gobernación, conducta y haber dado el Maestrazgo de Santiago perteneciente á su hermano á su favorito D. Beltrán y haber jurado princesa á la Beltraneja. Pedían la abolición de este juramento y que se jurase sucesor al trono al Infante D. Alonso, hermano del Rey, y que casara con D.^a Juana; esta carta en nada alteró el ánimo de D. Enrique, el cual, apasionado por el Marqués de Villena, le pidió una entrevista secreta y la tuvieron en Dueñas.

DON ÁLVARO DE ZÚÑIGA FUÉ NOMBRADO ADJUNTO DEL MARQUÉS DE VILLENNA PARA ASENTAR LA PAZ CON EL REY.—Por consecuencia de la entrevista secreta se vieron luego entre Cabezón y Cigales el 29 de Noviembre de 1464, atalayados por parte del Rey, por Gonzalo Saavedra y su gente con 50 jinetes; y por parte de los alterados por Pedro de Fontiveros, Capitán de los hombres de D. Álvaro de Zúñiga, con otros cincuenta. El Rey se retiró á Cabezón y al otro día trajeron al Infante D. Alonso, niño de once años, que estaba en Segovia, á los Reales del Rey y fué jurado por todos, Príncipe Heredero, y el Rey le entregó á los conjurados, según se había concertado, para casarle con D.^a Juana, cosa que hecha, todo hubiera concluído; pero se opuso el

Marqués de Villena, que solo apetecía el Maestrazgo de Santiago y por lo tanto todo había de diferirse hasta que le obtuviera. Apremiado el Rey por el Marqués y D. Beltrán por el Rey, renunció D. Beltrán el Maestrazgo en el Príncipe á cambio de que le hicieran Duque de Alburquerque y otras mercedes.

Según acuerdo hecho en estas vistas, nombraron cuatro árbitros y á Fray Alonso de Oropesa para en caso de discordia, los cuales habían de juntarse en Medina del Campo á entender en la pacificación del Reino.

Por parte de los alborotados fueron nombrados D. Álvaro de Zúñiga, Conde de Plasencia, y D. Juan Pacheco, Marqués de Villena, y por la parte del Rey D. Pedro Hernández de Velasco y Gonzalo de Saavedra, enemigos éstos de Pacheco. En Medina reunidos hicieron unas como Ordenanzas del Reino, en las que casi quedaba anulado el Poder Real de D. Enrique.

Las noticias de las deliberaciones tenían al Rey muy disgustado, y arrepentido de haber entregado el Príncipe, trató de ganar voluntades para lo que al Conde de Treviño ofreció casarle con D.^a Guiomar de Castro; á García Álvarez de Toledo, Conde de Alba, quería atraérsele dándole la villa del Carpio y la Abadía de Granadilla.

Cuando el Arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo y D. Fadrique Almirante, fingiéndose enemigos del Marqués de Villena, ofrecieron sus servicios al Rey contra el Marqués, prometiéndole volverían á su servicio y le entregarían el Príncipe, concertaron los tres que el Arzobispo recibiría el Cimorro de la Catedral de Ávila y la Mota de Medina del Campo, y el Almirante Valdenebro, por juro de heredad y la tenencia de Valladolid. Contando el Rey con el apoyo de estos dos favorecidos, mandó llamar á D. Pedro Portocarrero, Conde de Medellín y á D. Gome de Cáceres Solís, Maestre de Alcántara, y para cerciarse de lo que se decía de los árbitros, mandó llamar á los dos suyos Saavedra y Alvar Gómez; pero ellos, temerosos porque se habían vendido á los conjurados, se salieron escondidamente de Medina para irse con ellos y encontrando al Conde de Medellín y al Maestre, que con mil de á caballo cada uno venían á servir al Rey, les dijeron que el Monarca les llamaba para prenderlos y entonces, que los dos lo oyeron, se fueron los cuatro á juntarse con los desleales, y el Rey conociendo que todo ello eran consecuencias de las intrigas del Marqués de Villena, dió por nulo los acuerdos de los arbitrios reunidos en Medina.

Noticiosos los sublevados de la indignación del Rey, se fueron en Enero del 65 á Plasencia con el Príncipe y se aposentaron en el

Alcázar, que en aquella época era una buena fortaleza, situada en la parte Norte de la ciudad en donde se ven hoy sus ruínas destinadas á circos de caballos y toros. Se alzaba este alcázar sobre su planta cuadrada con un torreón cilíndrico almenado en cada ángulo y otro en cada uno de los centros de los muros que los unían, menos en el de la parte Norte, que formaba parte de la torre rectangular y saliente llamada del Homenaje, almenada como los muros y torres. Esta torre mas alta era parte de los aposentos reales alumbrados por un patio central, cuyos costados y galerías ocupaba la guarnición. A todo ello rodeaba un foso profundo, con su muro almenado, formando el frente á una extensa plaza de armas, separada por su muralla de la ciudad, desde cuya plaza se ingresaba en el alcázar por un puente levadizo sobre el foso, defendido por dos torreones casamatados y artillados contra los que de la ciudad quisiesen por la plaza entrar en el Alcázar. Los dos costados de esta dicha Plaza de Armas, se prolongaban formando la muralla defensiva de la ciudad, guarnecida de altas torres y una segunda y más baja muralla que cerraba un fuerte ambulatorio llamado barbacana y se levantaba coronando las escarpadas y pendientes, que limitaban el recinto de la ciudad, excepto por los sitios en que están las puertas; situadas éstas de tal modo que ninguna de ellas enfilaba las calles principales que conducen al centro de la población.

El castillo antiguo de la ciudad estuvo antes en la parte opuesta de ella, donde hoy el palacio de los Marqueses de Miravel y el convento que edificaron, del cual sitio ya nos hemos ocupado y de la primitiva sinagoga que en parte le ocupaba.

Llegaron después que el Príncipe á Plasencia el Maestre de Alcántara, el Conde de Medellín, Saavedra y Alvar Gómez. El Marqués de Villena, al parecer, estaba con D. Alonso y se oponía á la total destrucción del Rey; pero luego cedió y se unió á los demás y en especial al Conde de Plasencia, que, por tener al Príncipe en su casa y esperar casarle con su hija, se mostraba con él más atento que todos.

El Almirante D. Fadrique, antes que el Príncipe fuese entregado al Marqués de Villena y fuese jurado, ya había alzado pendones por él en Valladolid llamándole Rey, lo cual bien hubiera podido pasar por proclamación cuando los demás le secundaron; pero no contentos los Grandes con esto acordaron destronar á D. Enrique más ruidosa é ignominiosamente.

El Rey D. Enrique de Olmedo se había ido á Segovia y de Segovia á Madrid, y estando en Madrid llegó el Arzobispo de Toledo con

muy dobladas intenciones ofreciéndose á su servicio. El Rey, creyéndole de buena fe, reunió consejo y en el consejo el Arzobispo habló por todos y le dijo que pidiese á los alborotados le devolviesen el Príncipe y que si se negasen que fuese contra ellos á Salamanca y entre tanto llamaría él á su gente y le apoyaría con ella.

En Enero el Rey fué á Salamanca y fué suplicado por el Conde de Alba que fuese por su villa donde le festejó por tres días, y el Conde obtuvo el perdón de la traición de lo de entre San Pedro de las Dueñas y Villacastín. Se volvió el Rey á Salamanca y de allí escribió á los conjurados que estaban en Plasencia, ordenándoles depusieran las armas y le devolviesen el Príncipe. Entre tanto el Arzobispo de Toledo y el Almirante le reclamaban lo que les había prometido, no obstante el trato secreto que traían con el Marqués de Villena y los demás que estaban en Plasencia. Al Arzobispo y al Almirante les dijo les cumpliría lo que les había ofrecido luego que vinieran los Alcaldes de Avila, Medina y Valdenebro, á dar su consentimiento.

D. ÁLVARO SE DESPIDE DEL SERVICIO DEL REY.—De Plasencia recibió el Rey contestación á su carta en Salamanca, diciéndole que el Príncipe le tenían como prenda de seguridad de sus estados, que no fuera contra ellos y si iba que se despedían de su servicio y le suplicaban no tratase de casar á la Infanta D.^a Isabel con el Rey de Portugal sin consentimiento de los tres Estados.

Luego que vinieron los Alcaldes llamados y mandó el Rey entregar al Arzobispo y al Almirante lo que les había prometido, dió al primero doce mil Enriques para sueldo de 1.400 lanzas y al Almirante ocho mil para 800 con las que habían de servirle. Hecho esto reunió Consejo y en él se aprobó á propuesta del Arzobispo que el Rey fuese á poner cerco sobre Arévalo.

De Salamanca se fué el Rey á Medina y mandó venir de Segovia á la Reina y á la Infanta y que dejasen allí á D.^a Juana, su hija, en el Alcázar. A los tres días de llegadas fué el Rey para Arévalo.

Cansado de esperar las lanzas del Arzobispo y las del Almirante, mandóles mensajeros y el Arzobispo cuando ya iba de camino para Avila, contestó al mensajero que ya estaba harto del Rey. Del Almirante trajo el mensajero la noticia de que se había alzado en Valladolid al grito de viva el Rey D. Alfonso; y luego llegó otro mensajero diciéndole que el día 10 de Mayo el Marqués de Villena y los demás, que con él estaban en Plasencia, habían salido para Avila.

El Rey con la Reina y la Infanta D.^a Isabel, de Medina, caminaron para Salamanca y de allí á Ledesma y luego á Zamora.

Entre tanto el Maestre de Calatrava, D. Pedro Girón, Señor de Ureña, se partió para Andalucía y consiguió que las comunidades de Córdoba y Sevilla, el Duque de Medina Sidonia, Conde de Arcos y D. Alonso de Aguilar resolvieran unirse á los alborotados y tomó todo el priorazgo de San Juan entregándoselo á D. Alvaro de Zúñiga, hijo tercero del Conde de Plasencia.

D. ALVARO DE ZÚÑIGA EN EL ACTO DEL DESTRONAMIENTO EJECUTADO EN AVILA.—Luego que llegaron á Avila los que en Plasencia estaban, discutieron el modo de deponer al monarca D. Enrique y acordaron que lo mejor sería, pues que ninguna cosa le quedaba más que el nombre de Rey, quitársele también, y fué determinado por consejo de los Grandes y el de algunos letrados, se le quitase la Corona del Reino, para lo cual, en un llano que está cerca del muro de la ciudad de Avila, se hizo un gran cadalso abierto y allí se puso una silla real con todo el aparato acostumbrado de proclamar los Reyes, y en la silla una estatua del Rey con corona en la cabeza y cetro real en la mano. Salieron con D. Alonso todos de la ciudad, y los principales fueron á estar con el Príncipe á un sitio algo distante, y los demás al cadalso y leyeron el proceso que habían formado á D. Enrique, y concluída la lectura, en que acusaban al Rey de cuatro cosas, por las que, merecía perder la dignidad Real, por la primera, y entonces vino el Arzobispo de Toledo y le quitó á la estatua la corona. Por la segunda, merecía perder la administración de Justicia, y llegó D. Alvaro de Zúñiga, Conde de Plasencia y Justicia Mayor y le quitó la espada. Por la tercera, merecía perder la gobernación del Reino, y llegó D. Rodrigo Pimentel, Conde de Benavente, y le quitó el cetro que tenía en la mano. Por la cuarta, merecía perder el trono y asiento de Rey, y así llegó D. Diego Lopez de Zúñiga, derribó la estatua de la silla donde estaba y con los pies la arrojó del cadalso al suelo diciendo *fuera Puto*.

En el mismo día del destronamiento hizo el nuevo Rey muchas mercedes y entre ellas nombró á D. Alvaro, hijo tercero del Conde de Plasencia, Prior de San Juan. A D. Gutierre de Solís, por contemplación de su hermano, el Maestre de Alcántara, le dió á Coria con el título de Conde, y concluído este simulacro se fueron á Medina del Campo.

Llegadas al Rey las noticias de estos sucesos; de Arévalo, levantó el campo y se fué á Medina á recoger á la Reina y á la Infanta y con ellas entró en Salamanca, en donde supo las sublevaciones de Toledo, Sevilla y Córdoba, y mandó, en 15 de Julio, despachar cartas para todo el Reino haciendo saber sus cuitas y reclamando de todos auxilios prometiéndoles hacerles grandes mercedes.

Le acudió el primero el Conde de Alba y él se fué á Ledesma y de allí á Zamora á los ocho días. De Zamora la Reina y la Infanta fueron á verse con el Rey de Portugal y pedirle socorro, y D. Enrique mandó traer de Segovia á D.^a Juana y que entrase bajo pálio como princesa.

D. ÁLVARO DE ZÚÑIGA HACE PROCLAMAR REY Á D. ALONSO EN SEVILLA.—Vino á Sevilla (Ortiz Anales) D. Pedro de Zúñiga, hijo de Alvaro, Conde de Plasencia, y procuró moverla á la voz de D. Alonso, y para dar á la cosa color, ocupó sagazmente el castillo de Triana, del cual era Alcaide el Comendador Gonzalo de Saavedra, á lo que se opuso el Duque de Medina Sidonia, que, aunque suegro de D. Pedro, conociendo el intento de reducir la ciudad á la opinión suya, obligó á su yerno á desocupar el castillo; pero el Conde de Plasencia hizo fomen- tar el partido de D. Alonso en Sevilla, enviando á Fernando de Cobarrubias, su maestresala, para acrecentarle, consiguiendo reducir al Duque de Medina Sidonia y al Conde de Arcos á la opinión favorable del Conde de Plasencia al Príncipe D. Alonso.

Después del destronamiento de Avila, D. Alonso, ya proclamado Rey, otorgó á D. Juan de Guzmán, Duque de Medina Sidonia y á don Juan Ponce de León, Conde de Arcos, la guarda de las villas y lugares de Tierra.

Pasados diez días del destrone (el 15 de Junio) dice Alonso de Pa- lencia: en la ciudad de Sevilla, D. Pedro de Zúñiga y con él D. Fer- nando de Cobarrubias proclamaron Rey al Infante D. Alonso, con pe- sar de algunos de sus partidarios por el grande honor que en ello re- cibía D. Pedro de Zúñiga, cuya emulación se mostró principalmente en el Conde de Arcos, de lo que se originaron grandes discordias, que tuvieron que venir á concluirla el Conde de Plasencia y el Maestre de Alcántara, que de nuevo concordaron al Duque y al Conde en seguir á D. Alonso, lo cual se afirmó por juramento y homenaje, con aquella ceremonia que llamaban *par el cuerpo de Cristo*, que era comulgar juntos, partiéndoles el Sacerdote una misma hostia; sagrado estilo que se profanó muchas veces por falta de cumplimiento.

D. ÁLVARO DE ZÚÑIGA FUÉ OTRA VEZ NOMBRADO POR LOS SEDICIOSOS PARA TRATAR PACES CON LOS COMISIONADOS DEL REY.—El Rey de Zamora fué á Toro y supo que los alterados salidos de Valladolid, llegaron el 4 de Julio á Peñafior, y que iban á cercar á Simancas, por lo que la mandó ocupar con 3.000 de á caballo. Los de la liga desde Peñafior dieron el manifiesto á las ciudades y villas de los motivos porque ha- bían destronado al Rey y fueron á cercar á Simancas y durante el

cercos los defensores de la población hicieron el simulacro y mojiganga burlesco del Arzobispo de Toledo, á quien llamaban D. Opas, y los sitiadores no pudieron tomarla y se retiraron á Valladolid. El Rey llegó á reunir en Toro 80.000 peones y 14.000 de á caballo y puso su real junto á Simancas, en donde estuvieron esperando á los rebeldes dos meses sin que salieran de Valladolid á pelear. Desde Toro el Rey escribió sus cartas al Papa á 11 de Julio, haciéndole saber los sucesos referidos y sus contrarios luego que lo supieron, también le escribieron por sí y en nombre de muchas villas y ciudades, rogándole no oyera las quejas del Rey.

Los de la liga no se atrevían á salir de Valladolid y el de Villena veía acrecentarse mucho la fuerza del Rey, por lo que en 5 de Octubre, andando ya en tratos de paz, se vieron en el campo el Rey y el Marqués de Villena, el cual prometió al Rey que él y todos los de la liga vendrían dentro de asignado tiempo á su obediencia y que se trataría de quitar al Príncipe D. Alonso el título de Rey y que D. Enrique derramase su gente. Para efectuar este convenio nombraron por parte de los sediciosos á D. Álvaro de Zúñiga, Conde de Plasencia, y por la del Rey á D. Diego Hurtado de Mendoza, los cuales acordaron que, pasados seis días, ambas partes derramasen sus gentes y quedase todo sobreseído hasta fin de Febrero del año siguiente.

El Rey aprobó lo tratado en Montejo, jurisdicción de Arévalo, y se volvió á Simancas, en donde pagó á su gente y la derramó, pero todos los Grandes no derramaron las suyas.

En Medina del Campo hizo grandes mercedes con la Reina y la Infanta D.^a Isabel, que habían vuelto de Portugal y con D.^a Juana, se fué el Rey á Segovia. En Valladolid la ciudad se pronunció por el Rey, el cual fué á recibirla y volvió á Segovia; los contrarios se fueron para Arévalo, llevando al Infante como preso y le amenazaban porque quería irse con su hermano. La rendición de Valladolid la atribuían al de Villena, que de este modo equilibraba las fuerzas del Rey con las de los rebeldes y quedaba en actitud de inclinar la balanza con el peso de sus fuerzas, al lado que le conviniera.

D. ALVARO DE ZÚÑIGA Y EL MARQUÉS DE VILLENA TRATAN OTRA VEZ PACES CON LOS DEL REY.—En Segovia estaba muy divertido en cacerías el Rey D. Enrique durante los meses de Enero y Febrero. Al Príncipe le tenían como prisionero y no le dejaban ir al Rey, su hermano; muchos grandes estaban ya cansados de las intrigas del Marqués de Villena, el cual yendo perdiendo fuerzas, hizo que D. Alonso de Fonseca, Arzobispo de Sevilla, propusiera al Rey casara la Infanta Isabel

con D. Pedro de Girón, Maestre de Calatrava, hermano del Marqués, y que en este caso vendría á servirle el Maestre con 3.000 lanzas y le prestaría 70.000 doblas, y el de Villena vendría á su servicio y le entregaría el Príncipe.

La infanta D.^a Isabel estaba afligidísima con la noticia de estos tratos, y su fiel dama D.^a Beatriz de Bobadilla mostraba, á todo el que hablaba de ello, un puñal con el que decía mataría al Maestre antes de que casase con su amada señora; pero no hubo necesidad de ello, caminando iva para Segovia el Maestre de Calatrava con 3.000 lanzas para casarse si no de grado, por fuerza, cuando en 2 de Mayo de 1466 murió en Villarrubia, cerca de Villena y no hubo necesidad de que D.^a Beatriz le clavara el puñal para impedir el casamiento.

VICENTE PAREDES.

(Se continuará.)

EL CANTO DE LAS CAÑAS

(DE SENAU)

I

Triste declina el sol en Occidente,
laso el día se siente dormitar,
y en el estanque mudo, tristemente
se ven argénteos sauces reflejar.

Y yo aquí ausente de mi dueño vivo
ved sin tregua mis lágrimas correr
Sauces, gemid: con mi destino esquivo
haga el viento las cañas remecer.

A través del dolor con que me dañas,
brillar te miro y dulce sonreír,
como á través de sauces y de cañas
mira la tarde el Hespero lucir.

II

Arde el cielo: airadas nubes
fórmanse en lluvia y amago:
ruge el viento... Dimé ¡oh, lago!
¿en dónde el astro de la noche está?

La extinguida estrella busco
en las ondas todavía,
y prolonga mi agonía
su amor negado para siempre ya.

III

Me place discurrir cuando atardece
del mudo bosque por la oculta vía,
junto al ribazo en que la caña crece,
para soñar contigo, amada mía.

Y cuando ya la sombra ha descendido,
mil secretos los cáíamos murmuran,
gimen pausadamente y su gemido
lágrimas sólo sin cesar me auguran.

Y en ti medito y finge mi deseo,
que oigo tu voz alegre, que es mi encanto,
y entre las cañas extinguirse creo,
el delicioso ritmo de tu canto.

IV

El sol desciende; anúblase
el cielo en su zafir.

Se alza bochorno cálido
los vientos á extinguir.

Y mientras los relámpagos
cruzan, grabado está
en mí tu imagen trémula
que entre las cañas va.

¡Ah! ¡como aquí figúrome
tu forma ver pasar,
con tu cabello fúlgido
al libre viento errar!

V

Sobre el pantano inmóvil un celaje
la luna extiende en plácido desmayo,
y de las cañas teje en el boscaje
pálidas rosas con su dulce rayo.

Acá y allá los ciervos la mirada
hunden en la tiniebla misteriosa.
Acá y allá en los juncos gente alada
en soñoliento rebullir reposa.

Y de llanto mi espíritu está lleno,
y allá en su fondo tu recuerdo arde...
un recuerdo de amor puro y sereno
como muda plegaria de la tarde.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA.

LAS ENSEÑANZAS ORIENTALES Y LA GEOLOGÍA

I

El continente hiperbóreo.



Así como la cultura greco-latina fué una verdadera revelación en el Renacimiento, tras la noche medioeval, así la cultura del pueblo asio, comenzada á sacar á luz por los sauscritistas, es una revelación aun mayor para nuestra cultura contemporánea.

Las traducciones de los Vedas, Puranas y Brahmanas; las expediciones al Tibet; las religiones y lenguajes comparados; la filogenia, etcétera, nos van poniendo al habla con las edades más remotas del Planeta, edades que, si aquí en Europa se caracterizaron por la barbarie troglodita que nos enseña la Paleontología, en Asia daba en cambio civilizaciones colosales, verdaderamente prehistóricas y al lado de las cuales resulta aun pequeña la nuestra, pese á nuestras vanidades de pueblos juveniles.

Día llegará en que consagremos á esta empresa un trabajo más detenido. Tamañas revelaciones, en efecto, nos fueron anticipadas por mediación de una mujer sabia y abnegada, Helena Petrowna Blavatsky, á quien la humanidad contemporánea no ha empezado á hacer justicia aún.

Esta heroína que realizase durante su vida viajes peligrosísimos que eclipsan á los de Marco Polo, Humbolt, Stanley y Livingston, nos ha dado en los tres tomos de su «Doctrina Secreta» una serie de orientaciones nuevas, en las que van siempre dichosamente enlazadas la Religión Primitiva de la Humanidad con la Ciencia más excelsa. Su estilo confuso y desordenado en apariencia; sus métodos de exposición, verdaderamente orientales ó intuitivos; la magnitud del edificio

alzado; los prejuicios de todo género que nos avasallan, nos impiden todavía sacar de tamaña obra los debidos frutos.

Vamos á hacer hoy un paralelo entre las enseñanzas que nos transmite dicha escritora sobre los continentes y las conclusiones de la Geología.

De cinco grandes formaciones continentales, concordadas con sendos troncos de pueblos, ó Razas-Raíces de la actual evolución terrestre, nos habla al comenzar el segundo tomo de la *Doctrina Secreta*. 1.º De una Isla Sagrada ó imperecedera del Polo Norte, verdadera Tierra de los Dioses y laboratorio de razas futuras, llamado á perdurar durante toda la evolución terrestre que suele denominarse Cuarto Ciclo ó Ronda. 2.º Un continente boreal, del cual son restos todo el norte de Europa, Asia y América. 3.º Un continente austral ó *lemuriano*, que ha dejado como restos principales á Australia y Madagascar. 4.º El continente de la Atlántica, ocupando toda la zona del océano de este nombre, con más Europa occidental, parte América y quizás no poca del Pacífico. 5.º El continente actual ó Asio, que abarca en realidad dos: el de Asia, Europa y Africa reunidas, y las tierras americanas.

Nuestra ciencia positiva actual tiene que prescindir de la Isla ó continente, primero porque á él no han podido alcanzar nuestras expediciones polares más atrevidas, y hemos de contentarnos con lo mucho que de él han hablado, más ó menos veladamente, los mitos y simbolismos religiosos de todos los tiempos, con sus Monte Merú, Montserrat, Santo Grial, Tierra Divina, Isla de los Devas, etc. G. W. Surya publica sobre «El Polo Artico y los Ocultistas» un precioso artículo en el *Zentralblatt für Okkultismus* de Leipzig, donde, comentando los últimos fracasos de Andrée y de Wellmann, se pregunta: «¿No es cierto como que el Polo Artico parece guardar un secreto para la humanidad entera? ¿De dónde procederá esta singular é insaciable ansia por llegar al Polo *norte*, y cuál será el resorte impulsa de la curiosidad científica hacia la gloria de poner por primera vez el pie en un pedazo de tierra cubierto de ventisqueros eternos? ¿Será el móvil de tan temerarios esfuerzos un *algo desconocido* quizás, que atrae con fuerza mágica á algunos investigadores? ¿Quién es el señor de esa «fortaleza polar», que ordena á los vientos el detener á distancia á los exploradores inoportunos, ó que les obliga á arribar, sin poder darnos señal alguna de sus vidas, de sus éxitos ó fracasos?... Unos cuantos viajeros han entrevisto, tras las más altas latitudes, algo así como un mar libre de hielos y hasta troncos flotantes de árboles. Allende aquel

mar libre, especie de lejano espejismo del aire, está el *país eterno é inaccesible; la mansión de los dioses* de que nos habla el *Vishnú Purana* y el propio Pitágoras.»

Dejando á la Mitología comparada la árdua tarea de esclarecer cuanto ha creído la humanidad respecto de este misterio terrestre, entiendo que hay mucho en la facie terrestre, según hoy la conocemos, concordado con las enseñanzas de citada obra del Blavatsky, como vamos á ver respecto de los otros cuatro continentes, apoyándonos en la Geología. Para aprovechar mejor en la lectura, conviene que el lector tenga un buen mapa á la vista.

Desde luego resalta un hecho singular respecto al continente segundo de que habla dicha obra.

La orientación de las grandes líneas de cordilleras en la parte septentrional de nuestros actuales continentes es sensiblemente de Sur á Norte, cual si ellas hubiesen constituido en remotísimos tiempos una irradiación á partir de una cumbre ó broche central, situado en las vecindades del polo ártico, broche que, hasta donde puede apreciar la exploración geográfica, se ha sepultado bajo el nivel de las aguas posteriormente, formando el Océano Glacial del Norte.

Vemos, en efecto, orientados de ese modo los Montes Urales, entre las rusia, europea y asiática, continuándose bajo las aguas con los archipiélagos de Nueva Zembla y Francisco José, hasta los 84 grados de latitud; á los Dofrines escandinavos prolongados de igual modo con el archipiélago de Spitzberg, hasta los 80 grados; á los montes del País de Gales y á los Grampianes escoceses, más ó menos relacionados orográficamente con Islandia á los 69 grados. Vemos asimismo á esta isla y á la Groenlandia, con montañas de varios miles de metros de altura, que se pierden entre los 75 y los 83 grados de latitud; á las complicadas tierras del Mar de Baffin y del archipiélago de Parry, desde la margen derecha del río Mackensie; á las tierras de Maska y á la cordillera que en Asia bordea la margen derecha del río Lena y península de Zaimour, hasta latitudes semejantes. En total 6 ú 8 líneas montañosas formando por decirlo así, las espinas de otras tantas masas continentales, rotas y dislocadas de Sur á Norte por la aparición posterior del Atlántico y el Pacífico, y de Este á Oeste quizás, ó sea en sentido circular, por el Océano Artico.

Tamaño continente, hoy cubierto por las nieves perpétuas propias de su geológica vejez—vejez admirablemente concordada con la actual posición del eje de la Tierra respecto de la eclíptica—afecta á una zona que, con el lecho de los mares que en parte la ocultan hoy, acaso

fuese más extensa que la que llamamos ahora antiguo continente, aparecido muchos miles de siglos después. En la actualidad abarca todavía la mitad superior de América del Norte y más de la cuarta parte de Europa y Asia. Sus límites meridionales, que acaso cortaran al ecuador actual en más de un punto, resultan ya esfumados ó sepultados bajo la formalización diluvial ruso siberiana y los infinitos accidentes orográficos que preparan más abajo el alzamiento ulterior de nuestros continentes, según hoy los conocemos.

Semejante formación antiquísima, por muy desdibujada que ahora nos parezca, no deja de tener en el Planeta otra formación similar ulterior á la que se han debido de igual modo los continentes actuales, ó sea el Continente Ario, típico de la Quinta Raza-Raíz, después de las catástrofes lemuriana y atlante.

Nada más fácil que el convencernos de ello. Al efecto supongámonos situados en la Meseta de Pamir, ese punto estratégico de la vieja Asia que parece haber servido de centro de dispersión mundanal lo mismo de las montañas que de los pueblos históricos. Semejante meseta es el centro de una inmensa cruz de alineaciones montañosas; tal y como acaso lo fuera mucho antes el legendario Monte Merú polar para todo el continente hiperbóreo.

El brazo del Nordeste lo constituyen las cordilleras de Thianchan, de Altai, de Jablokoi y de Stanovoí, que separan geográficamente al pueblo tártaro del pueblo chino. Llegado al vértice constituido por el estrecho de Bering, todavía continúa en línea recta ó, por mejor decir, en círculo máximo, pues que se trata de una esfera y no de un plano, todo á lo largo de América, hasta el cabo de Hornos.

El brazo Sudeste de la cruz ó arista de la pirámide orográfica de Pamir le constituyen los Himalayas y todas las alineaciones paralelas de la Indo-China, enlazadas bajo el estrecho de Malaca con las alturas de Malasia occidental y aún con el oriente de Australia y Nueva Zelanda, donde podemos considerar emplazado el vértice segundo.

El brazo Noroeste está también clarísimo, pues apenas si tiene solución de continuidad á lo largo de las alturas bactrianas y norte del Irán, Armenia, el Cáucaso, los Karpatos y Balcanes, los Alpes y los Pirineos, hasta el cabo de Finisterre en España, donde podemos considerar el tercer vértice ó extremo de la gran cruz orográfica de Pamir.

El brazo Sudoeste le constituyen las alturas meridionales del Afganistán y de Arabia; los montes de Abisinia y los del oriente de Afri-

ca, hasta el cabo de Buena Esperanza, donde consideraremos situado el cuarto extremo de repetida cruz.

A consideraciones harto peregrinas se presta esta nueva manera de ver nuestra tierra actual. Acaso los cuatro husos esféricos en que queda así dividido el Planeta—husos que se cortan en Pamir y en su antípoda de las alturas peruanas encierran el secreto de las cuatro últimas Razas-Raíces de aquella obra, el 2.º ó del continente hiperbóreo en todo el huso del Norte, con su centro de superficie hacia el polo ártico: el 3.º ó lemuriano en todo el huso del Sur, hoy sepultado casi todo él y con su centro en el macizo antártico; el 4.º ó atlante en los dos husos del Este y del Oeste con su centros hacia España y la Polinesia, y el 5.º ó ario otra vez en el huso del Norte, siendo nuestra Historia Universal, hasta los días del descubrimiento de América ó de la época contemporánea, época tan fecunda en revelaciones de todo género, una mera preparación ario-atlante de esta raza admirable, que hoy ostenta sus civilizaciones principalmente en Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos.

Sea de ésto lo que fuere, imagináos que un cambio de posición de la Tierra en el espacio hace coincidir con la línea Pamir-Perú su eje de rotación y que un cataclismo sepulta á toda el Asia Central, dejando en su centro y por cima del nivel del mar al Tibet. Tendréis así explicadas con bastante fidelidad todas las apariencias actuales del continente hiperbóreo, que pasaría de tal modo, igual que pasase éste último, desde un clima cálido y paradisiaco, como el de la India, al clima ártico con sus nieves perpétuas.

Comprobada por la descripción geográfica anterior, la existencia científica del segundo continente de que nos habla La *Doctrina Secreta*, falta probar que efectivamente es el más antiguo que se conoce en toda la Tierra. Con la Geología en la mano es fácil el hacerlo.

Clásico es, en efecto dentro de la ciencia de Lyell, el dicho de que las formaciones graníticas de Europa, país cuyos caracteres petrográficos y paleontológicos, nos resultan más conocidos, son tanto más antiguas cuanto más se aproximan al polo. Así se comprende que el granito de los Dofrines escandinavos, se tenga por la frontera misma del terreno primitivo ó azóico—terreno primordial, sin vida ó sin fósiles—no obstante lo cual se han hallado en los granitos de Grangesberget (Suecia) y en general en todos, huellas de una materia orgánica amorfa ya y nada identificable con la de los seres vivos que conocemos.

Ningún geólogo duda de que entre dichos granitos y los de los Pirineos, Alpes y demás que están relacionados con la línea de cordi-

lleras desde Pamir hasta Finisterre, median edades sin cuento, dado que estos últimos han reaparecido desde las capas más hondas del planeta, períodos después de los que se tienen por primarios.

Quien haya contemplado de cerca los fiordos noruegos, escoceses é islandeses no olvidará jamás esa profunda impresión de vejez que les caracteriza sobre todo cuanto hay de más arcaico en este viejo planeta. La eterna acción de los elementos va disgregando grano á grano, aquellas alturas en otro tiempo orgullosas y cubiertas por la lujuriente vegetación del trópico, alturas que, cual todo cuanto se acerca á la tumba, se encorvan, se deprimen buscando sumergirse en un mar sobre el que alzarán orgullosas antaño cimas de varios miles de metros.

Tal es la fisonomía general de todas las costas relacionadas con los mares árticos, sepulcro del más viejo de nuestros continentes, sellado para la humanidad por el misterio augusto de la nieve.

Siempre que observamos la inmersión lenta de una faja de terreno en lagos ó ríos, la vemos presentar ese aspecto como de encharcamiento, que multiplica hasta lo infinito los golfos, los canales y las balúas, cual se ven multiplicadas en toda Norte-América, desde el Territorio de los Lagos del San Lorenzo hasta los más remotos límites de las Islas de Parry, Alaska y Baffin. Harto lo revela la inspección de los mapas de dicha zona.

Por eso sin duda, hacia el límite meridional de tan vasta comarca del granito primitivo, éste se ve como festoneado por otra zona muy extensa del terreno primario, así llamado por ser el primero de los terrenos de sedimentación ó neptúnicos, formados en el fondo de los mares primordiales por el aposamiento ó sedimentación de las materias arrastradas por los ríos y mares de aquella edad, siendo altamente curioso el fenómeno de que tales formaciones antiquísimas de hasta 11 kilómetros de espesor, ocupen más de la tercera parte de Europa, sobre todo desde San Petersburgo á la Finlandia, la mayor parte de Escocia y Gales el Finisterre y la Vendée franceses, una extensa zona en el Oeste de España, desde Sierra Morena hasta Galicia y toda la Bohemia.

En el resto del continente europeo se ven doquiera afloramientos cámbricos y silúricos, aportados desde las capas más bajas de sedimentación por los alzamientos ulteriores, con cargo á la gran zona montañosa del mediodía de Europa y en cuanto á la América del Norte toda la región vecina al río de San Lorenzo, ha dado nombre á las formaciones principales que nos ocupan, tales como «terreno hutto-

niano», «terreno laurentino», etc , con lo cual los límites del gran continente ártico establecen la continuidad histórico-geológica con nuestros continentes actuales, á través de las largas épocas en que estuviesen sumergidos.

En esto se adivina ya un fenómeno muy interesante.

Haciendo consideraciones la Geología acerca de las costas escandinavas y escocesas, que nos son mejor conocidas, ha tenido que admitir que dichas comarcas han sufrido, á través de las edades, un movimiento primitivo de descenso, otro de elevación y un tercero de descenso, en cuyas postrimerías acaso se encuentra hoy.

Hay, en efecto, costas como las de Valdewalla, Istadt y Karlsberg en Suecia y la de Cedarslund en Cristianía, que muestran grandes depósitos de fósiles marítimos hasta en alturas por encima de los 200 metros. No tenemos, pues, sino concordar el alzamiento primero que construyese dichas formaciones montañosas, con el segundo continente de La Doctrina Secreta, como ya lo hemos hecho; el hundimiento subsiguiente que colocase á dichas formaciones bajo el agua, poniéndolas en condiciones de ser asiento marítimo de aquellos seres pelágicos hoy fosilizados, con el alzamiento contrario que, allá en latitudes meridionales, debió operar, como veremos pronto, el tercer continente ó de la Lemuria. En cuanto al alzamiento que volviese á elevar sobre el nivel del mar ártico á dichas montañas escandinavas, cargadas ya con los fósiles expresados, puede relacionarse con la formación del continente cuarto ó atlántico, que, según se enseña en dicha obra, tenía su límite nordeste hacia aquella parte, siendo el lento descenso actual un movimiento relacionado ya con los futuros destinos geológicos del continente que habitamos.

Platón como Iniciado que era, supo cantar, aunque veladamente, las excelencias perdidas de aquel paraíso hiperbóreo, como una tierra feliz, vecina á la de los Dioses, en la que el Sol no se ocultaba durante la mitad del año. Sus descripciones, leídas con las claves esotéricas, está muy por encima de cuanto supieron los griegos acerca del pasado de un clima ya tan inhospitalario en sus días como en los presentes.

El extremo límite meridional de dicho continente, no le constituye en verdad, el terreno siluriano, sino el último ó menos antiguo de los terrenos primarios; el terreno permiano, que, por singular coincidencia, falta en todo el Oeste de Europa, como región que es esta cuyos afloramientos actuales se deben más que al hundimiento hiperbóreo al ulterior hundimiento de la Atlántida.

Entremezclado con manchas mayores ó menores de terreno silúrico vemos, esparcidas por toda Europa, las huellas de los dos terrenos devónico y carbonífero, entre el silúrico y el pérmico. El devónico del Sur de los Grampianes y Gales; el del Oeste de Francia (Morbilian); el español de León, Asturias y Sierra Morena; el de la derecha del Rhin y el que en Bélgica y Norte de Francia encuadra á las grandes cuencas carboníferas de todos conocidas y que no hay para qué enumerar.

Es verdaderamente singular el terreno permiano, Bautizado así merced á la ciudad rusa de Perm que en él se asienta, cerca de la bifurcación más típica de los Montes Urales, parece separar, por una inmensa faja que llega hasta el Caspio, el terreno granítico y silúrico ruso-escandinavo, de la gran depresión geográfica que se advierte desde el Mar Caspio hasta la desembocadura del Obi, depresión formada por todos los afluentes de este inmenso río, que sirve como de frontera entre los restos del gran continente hiperbóreo y el ulterior alzamiento ario ó del Asia Central.

Al abandonar en definitiva los terrenos primarios, debemos consagrar un recuerdo á las huellas que han dejado ellos hacia Nubia y Abisinia en Africa y—en una tierra geológicamente tan jóven como lo es la zona audina de América del Sur—al típico terreno de Minas Geraes (Brasil), con orientación parecida á la de los Alleghanis en los Estados Unidos, ó sea de S. O. á N. E., cual si dichas montañas concudiesen desde muy lejos, hacia el continente ártico también á guisa de alineaciones ligadas la una con la zona del Oeste de España, Gales y la Escandinavia y la otra con la de Groenlandia é Islandia, siquier la interposición de la vastísima cuenca del Atlántico, á consecuencia del alzamiento y hundimiento ulteriores de su respectivo continente, no permitan, á primera vista al menos, identificarlos como partes extremas del viejo continente hiperbóreo.

II

Los continentes lemuriano y Atlante.

Antes de hablar del tercer continente ó lemuriano, conviene consignar de pasada algunas ideas que en nuestros días empiezan á abrirse paso entre los geólogos.

Por importante que sea el agua en los proteismos evolutivos del planeta; por extensa que sea la zona terrestre cubierta bajo los mares

y grande la profundidad de algunos de éstos, es un hecho que, á partir de un nivel general poco ó nada superior á ocho ó diez kilómetros bajo la superficie marítima, la tierra es un esferoide completamente recubierto por una capa solidificada, análoga á la película de toda masa esferoidal fundida cuando ha llegado á cierto grado de enfriamiento, mientras que el mar es un mero accidente, siquier importantísimo de dicha corteza.

Es decir, que el mar más extenso y profundo, por ejemplo el Pacífico, no pasa de ser geológicamente una especie de lago, encuadrado por los Andes, el macizo antártico y las cordilleras fronterizas de nuestro viejo continente y tan cierto es esto que, desde los más elevados lagos de montaña, como el Titicaca y los de los Alpes, se pasa hasta el tipo del lago pelásgico, si vale la frase, ó sea el océano, por una gradación insensible, de la que son muestras el Aral, el Caspio y aun el propio Mediterráneo, lago también en un tiempo, al decir de la leyenda de Hércules.

El tránsito de las hipótesis astronómicas á las geológicas respecto de la formación de la Tierra suponen para ésta un origen ígneo seguido de un progresivo y secular enfriamiento, productor de la película sólida de nuestro esferoide, tanto en las partes que afloran sobre el nivel del mar cuanto en aquellas otras, cuatro veces más extensas, que constituyen los lechos marítimos.

Por consiguiente, debemos admitir con arreglo á las más viejas y también á las más recientes teorías geogénicas, que, ora tenga la Tierra un núcleo metálico, ora carezca de él, existe bajo nuestras plantas como bajo las cuencas marítimas, un verdadero océano de fuego, sujeto á leyes que no son poco conocidas, por cuanto á unas temperaturas colosales se juntarán unas presiones enormes, realizando el químico ideal de una materia sujeta al par á las leyes de los gases y á las de los sólidos. Dejando á un lado las confirmaciones de esta teoría, deducidas de los últimos fenómenos sísmicos, por no ser hoy de nuestra incumbencia, nos encontramos pues, con que la corteza terrestre está apoyada, no en un océano de agua, sino un océano de fuego, y sobre este hecho cardinal ha de apoyarse todo el mecanismo de las formaciones continentales.

Presupuesta sobre dicho mar ígneo una primera capa sólida, tal y como parece serlo el granito, todos los aparatosos fenómenos de alzamientos y hundimientos de continentes pueden reducirse á leyes muy sencillas, á meras oscilaciones ó balanceos, análogos á los de un buque en la mar, salvas las naturales diferencias de espacio y tiempo. Con

arreglo á leyes volumétricas bien conocidas, una vez formada la primera capa sólida del esferoide terrestre, las contracciones de volumen debidas á enfriamientos sucesivos, han debido propender á imprimirle una forma tetraédrica, porque entre los sólidos de igual superficie la esfera es la forma de mayor y el tetraedro la de menor volumen. Hoy mismo en un globo de relieve podemos apreciar esta última forma con los cuatro vértices correspondientes, uno en el macizo asiático, otro en el europeo, un tercero en América del Norte y el cuarto en el continente antártico. Nuestros mares representan las caras correspondientes del tetraedro.

Prescindiendo de las erosiones producidas en la superficie terráquea por los agentes exteriores, las acciones desconocidas debidas á la diferente conductibilidad de los sólidos y líquidos para el calor deben imprimir en la superficie interior de la corteza sólida que toca con la masa ignea subyacente fenómenos seculares de disminución y engrosamiento que, cambiando á la larga las leyes de equilibrio, hagan oscilar las masas continentales, como los brazos de una balanza cuando se cambian los pesos diferentes de sus platillos. El que algo semejante debe ocurrir en los continentes parece indicarlo su propia orografía, pues, en lugar de estar emplazadas sus cordilleras principales hacia la mitad de la superficie continental, suelen presentarse mucho más inmediatas á una costa que á otra, cual un barco que rara vez se hunde guardando la posición horizontal, sino inclinándose siempre sobre una ú otra borda. Así el barco asiático aparece hundido de lado S. E., el europeo del lado Sur y el americano del lado del Oeste.

Según esto, presupuesta la continuidad de la corteza sólida terrestre sobre y bajo el mar y la tendencia de éste á cubrir las partes más bajas, un mero balanceo insensible hacia el centro y apenas de unos miles de metros hacia los extremos, ha bastado para establecer la solución de continuidad ó enlace del continente hiperbóreo con su sucesor el lemuriano ó antártico. El mismo movimiento que sepultase el primero hacia su parte central, ora de Groenlandia, ora de Spitzberg, alzó el segundo con el centro hacia la Australia y nueva Zelanda ó Madagascar. Buena parte de las comarcas intermediarias, tales como las vecinas al Mediterráneo y los Estados Unidos, pudieron quedar indemnes ó afectarse poco con uno y otro fenómeno. La gran abundancia de terrenos secundarios (triásico, jurásico y cretáceo) en España, Francia y región algún acaso está más relacionada que lo que se cree con su propia posición geográfica hacia la mitad del camino entre ambos centros continentales ya dichos.

Llegados aquí nos sale al paso una gran dificultad geológica y paleontológica porque descartados los seres primordiales cuya vida se desarrolló indudablemente bajo las aguas del mar, los fósiles de los terrenos ulteriores ora vertebrados, ora moluscos, corresponden á seres cuya vida fué marítima para unos y terrestre para otros; pero admitidas las teorías continentales que anteceden los fósiles marítimos que presente un terreno, tales como los moluscos, deben lógicamente datar de una época anterior á la de los fósiles terrestres que puede presentar el mismo terreno, aunque estén más ó menos confundidos con ellos. Por ejemplo, los moluscos marítimos que encontremos en Australia no deben atribuirse, como se hace, al terreno secundario, en cuya época ya había salido del fondo del mar el continente lemuriano de que Australia formó parte, sino á la época primaria ó de mayor esplendor del continente hiperbóreo, en cuya sazón la futura Lemuria antártica yacía aún bajo las aguas, en condiciones adecuadas para semejante fauna pelágica. De igual modo, el pez siluriano no pertenecerá quizás al período siluriano, en que el continente hiperbóreo ya había aflorado sobre las aguas, sino á una época anterior; la de la Isla Sagrada por ejemplo, ó época primordial que nosotros diríamos. Nuestros peces actuales aparecerán algún día como fósiles en las capas de un continente futuro lecho hoy de mares, juntos ó poco menos con los de la fauna terrestre correspondiente á este mismo, de los que estarán separados, sin embargo, por un inmenso período.

No hay que decir si este criterio tan elemental introduce ó no un cambio profundo en nuestras ideas sobre paleontología. Un *laberintodonte* ó un *microlestes* del período triásico, el uno como anfibio y el otro como mamífero, están probablemente separados de las *trigonias* y *posidonias*, que se incluyen en un mismo terreno porque en él se ven juntos, por un abismo de millones de años, como que las segundas vivieron sobre tal terreno mientras que él estuvo sobre las aguas, en tanto que los primeros se desarrollaron sobre el mismo cuando ya había surgido sobre las aguas. De aquí que se nos imponga una gran cautela para juzgar acerca de la simultaneidad de vida por la coincidencia del yacimiento fosilífero, prescindiendo de la diferencia de medio, y por tanto de tiempo, que tal coincidencia de yacimiento obscurece.

Consecuentes con estas ideas hay que distinguir en cada formación dos períodos sucesivos, uno el de su sedimentación marítima, caracterizada por fósiles pelágicos, tales como peces y moluscos y otra el de su alzamiento, indicado por fósiles terrestres, tales como los

mamíferos, resultando así de los tiempos del primer continente desconocido todos los fósiles marítimos del período primario hasta el terreno de Perm; de los tiempos del segundo continente ó hiperbóreo todos los fósiles marítimos clasificados hoy como secundarios; de los tiempos del tercer continente lemuriano todos los fósiles de igual clase atribuidos hoy á la época terciaria, etc., ó en resumen, todo terreno muestra en sus fósiles aquellos dos períodos y hay que distinguir como en los seres vivos el tiempo que pudiéramos llamar de la gestación de cada terreno en los senos profundos de los mares y el tiempo ulterior de su nacimiento sobre las aguas, ó sea ya con fósiles terrestres.

No vamos á repetir aquí cuantas demostraciones se han hecho, desde Lamark y Darwin, respecto á la existencia del gran continente lemuriano. La fauna y flora de Australia, como lo que conocemos del macizo antártico, revelan unos tipos completamente distintos de la fauna y flora boreal. Muchos *eslabones perdidos* de éstas se hallan entre los tipos fósiles y actuales de aquélla, como si entre ambas mediase un abismo en espacio y tiempo, siendo la India la única región de Asia que se relaciona más de cerca con dicho continente Australiano-mascareño. La cumbre más típica quizás, de las pocas que han perdurado fuera de las aguas desde aquellos días, es la de la Isla de Pascua, tan rica por otra parte en monumentos arqueológicos.

El continente lemuriano, sin embargo, no ha presentado todavía fósiles humanos para la ciencia, por lo que aunque ésta le admita por las razones dichas, no le admite aún como cuna de seres humanos, á pesar de lo cual las tradiciones orientales y los anales religiosos, conservados en el *Adyta* de ciertos templos tibetanos, nos hablan de él como del primer continente habitado por hombres más parecidos á los de la época actual y separados ya en sexos, después de un largo período en que fueran andróginos, como tantos otros organismos en sus primeros períodos y como el propio feto humano antes del quinto mes de la gestación. Esas pobres razas de papúes y tasmanios, próximas á su extinción, son los restos degenerados de los en otro tiempo opulentos imperios de los que nada sabe nuestra ciencia contemporánea, como nada sabe tampoco de los ulteriores que floreciesen en la Atlántida el primero, sin embargo, de los continentes históricos cuyos últimos ecos llegaran hasta Platón.

Copiemos el conocido pasaje del Timeo, en el que se habla de la gran catástrofe del hundimiento de la Atlántida, del que conservan recuerdo todas las grandes religiones, aunque le hayan desfigurado

bajo el velo del mito, cual sucede con la propia Biblia en el pasaje de la salida de Egipto y catástrofe de Faraón.

«Un día en que Solón conversaba con los sacerdotes de Sais acerca de la historia de los Remotos-Tiempos, uno de ellos le dijo:—«¡Oh Solón, Solón, vosotros los griegos seréis siempre unos niños. Ninguno de vosotros deja de ser frívolo é inexperto en todo cuanto concierne á las tradiciones antiguas. Ignoráis qué fué de aquellos héroes de los cuales sois la progenie degenerada.»

«Lo que voy á contarte remonta á 9.000 años. Nuestros libros cuentan de qué modo resistió Atenas los ataques de una potencia formidable que, viniendo de hacia el mar Adriático, invadió una gran parte de Europa y de Asia, porque el Océano de entonces todavía podía atravesarse con gran facilidad. Frente á la embocadura que llamáis Columnas de Hércules, existía una isla mayor que Libia y Asia reunidas y los navegantes de una en otra isla pasaban hasta el continente fronterero que bordea aquel mar.»

«En esta isla Atlántida vivían reyes célebres por su poderío, y tenían fundado un imperio que abarcaba toda la isla y sus vecinas. Dichos señores dominaban en Libia hasta el Egipto y en Europa hasta el mar Tirreno. Un día pretendieron sojuzgar á los pueblos de aquende las Columnas de Hércules y entonces fué cuando vuestra ciudad mostró todo su valor, arrostrando los mayores peligros y restituyendo la libertad á todos los pueblos de más aca.»

«Los tiempos que siguieron se caracterizaron por grandes terremotos é inundaciones. En el espacio de un día y una noche terribles, todos los guerreros que habían llegado hasta las puertas de vuestros hogares fueron tragados por el abismo. La isla Atlántida desapareció bajo las ondas del mar y de aquí viene el que hoy no se pueda explorar el mar que la cubre.»

Existen libros meramente intuitivos ó sea desprovistos de lo que llama la joven ciencia nuestra «hechos positivos ó experimentales» y que describen con preciosa amplitud el nacimiento, prosperidad y ruina de aquel pueblo gigantesco (1). Sus páginas están pidiendo á gritos un canto épico superior al de Verdaguer y ante ellas palidecen las hermosas páginas del Pentatenco, relatando el paso del Mar Rojo por el pueblo de Israel, relato simbólico que encierra el mismo significado esotérico de un pueblo como el atlante, que tocó al par en las cumbres

(1) V. Historia de los Atlantes, por W. Scott Eliot.

del saber y en los abismos de la magia negra más horrenda y que fué sepultado en el mar por lo que llamarse suele «la cólera del Cielo». Los trenos conmovedores del *Dies viae* en los que la Iglesia junta el testimonio de David al de las Sibilas paganas y el elegiaco canto del Sábado Santo y su «Noche terrible», son otros tantos ecos lejanos, divinos, pero muy adulterados, de aquel momento típico de la historia del Planeta, en el que el mundo atlante de la fuerza cedió el puesto al mundo ario del Amor, cargado de las ubérrimas promesas del Destino que se llamaron luego pueblos indo, caldeo, egipcio, griego, romano y moderno.

Frente á la ligereza con que Humbolt tratara este problema, se alza el testimonio unánime de la tradición y aun de la ciencia.

Tertuliano, Marelo, Posidonio, Philón, Ammiano, Marcelino, Dícáarco, Manethon y tantos otros, están contestes con las revelaciones de los sacerdotes de Sais. Zaborovoski, en su libro «L'homme prehistorique» demuestra que la geología del Mediterráneo está ligada con la de Europa, el Norte de Africa y el Este de los Estados Unidos en las tres formaciones terciarias eocena, miocena y pliocena.

Las relaciones pliocénicas de Europa y América Septentrional están fuera de duda con sus especies idénticas de plantas, insectos, pájaros no emigrantes y peces de agua dulce. La etnología prueba la identidad de raza de los Guanches ó Cromagnones canarios, de un lado con los libio-iberos, nuestros antecesores y del otro con los pueblos peruano, mexicano, basco, fenicio, etrusco y egipcio, siendo las invasiones arias de una época muy posterior. La civilización egipcia y la de los pueblos americanos, tales como los artecas é incas, guardan pasmosas analogías como lo muestran las pirámides ó Cámaras de Iniciación de unos y otros, cosa fuera de disputa después de los estudios de Nadailac, Chatellier y Nevoberry, sobre los indios americanos y de Bory de Saint Vincent, Tournefort, Mentelle, Boërr y Gafaret, según eruditamente se demuestra en la obra «Iberos é bascos» de J. M Pereira de Lima que tenemos á la vista. El mapa batimétrico ó de profundidades marítimas que trae dicha obra es un precioso documento que nos muestra las desgarraduras y hundimientos de las tierras atlánticas, desde España hasta el Golfo de México. Todavía afloran sus cumbres hacia las Azores, Madera, Canarias y Cabo Verde cuyo estudio geológico, por lo mismo, es de un excepcional interés.

Desde luego se ha creído que el hundimiento atlante afectó sólo á la extensa región del océano de su nombre. Nosotros, sin embargo,

sospechamos que afectó tamaño fenómeno geológico á toda la zona ecuatorial de la Tierra.

La batimetría del Norte del Pacífico, nos muestra entre Japón y California la enorme depresión marítima de la Tuscanora, guardando analogías de profundidad y emplazamiento con la oriental del Golfo de las Antillas entre una y otra depresión se alzan normalmente los Andes americanos. Esta formación cuaternaria es un verdadero pliegue terrestre, alzado de Norte á Sur á costa de las dos grandes depresiones citadas, del Alántico y del Pacífico. Para la primera depresión han contribuído del lado contrario los Alpes y Pirineos, y para la segunda depresión han ayudado los alzamientos del Himalaya, China é Indochina. La zona volcánica desde las Molucas hasta Alaska, á través de las Filipinas y el Japón, está por eso íntimamente relacionada con los volcanes de los Andes, como éstos lo están hacia el otro límite continental con el Ecla, el Teide y la zona volcánica armenio-mediterránea. Es decir, que todos los volcanes de nuestro planeta están ligados geológicamente con tamaño hundimiento continental, que fué en pequeño, para la Tierra algo semejante al vulcanismo, lunar que, mucho más intenso, imprimiese á la Luna la desolada y muerta fisonomía que hoy nos revela el telescopio.

Murió, pues, el continente atlante á manos del continente ario ó actual, como el continente hiperbóreo sucumbiese, merced al alzamiento lemúrico y las enseñanzas de los Templos orientales ha ido mucho más lejos que nuestra novísima geología, en el sondaje del pasado de nuestro planeta... Es un fenómeno natural que se repite siempre. Cuando remontamos desde el hondo y oscuro valle de nuestras ignorancias de bestias humanas en divina evolución hacia las alturas de nuevos ideales científicos, nos vemos sorprendidos no sólo por las perspectivas del valle que dejamos á nuestras espaldas, sino también por la de otras alturas separadas de la nuestra por otros valles que la humanidad antaño también abandonó. Por eso si en las épocas de ignorancia la humanidad ha podido llorar con el clásico en el valle del dolor, las épocas de las grandes culturas y de las brillantes conquistas son el cumplimiento bendito del mito de Prometo que, escalando la altura del saber robó el fuego divino de la inteligencia á unos dioses envidiosos y egoistas de su dominio, para enriquecer con él á una humanidad desvalida, redimiéndola como lo hacen todos los redentores, á costa de su sangre y de su vida.

ANTE LA TUMBA DE UN USURERO

(SONETO)

Yo no traigo á tu estrecha sepultura
Ni amargo lloro, ni endulzado acento,
Ni vengo á suspirar al son del viento
Que gime en los cipreses con pavora.

Tampoco vengo á orar, porque la usura
Poca piedad inspira al pensamiento;
Tú lo sabes muy bien: el mil por ciento
Mata en el labio la plegaria pura.

Yo vengo á que me digas solamente
Qué dijo de tus libros criminales
Aquel gran Contador Omnisapiente;

Y si glosó tus cuentas, por las cuales
Mi reloj te llevaste y mi pendiente
En la suma infeliz de quince reales!...

MANUEL URIBE.

(Poeta Colombiano.)

ELEGÍA ANTIGUA

(DE TH. GAUTIER)

Apresúrate, Cintia: tú eres bella,
¿Quién sabe si mañana vivirás?
Negra y luciente es hoy tu cabellera
Cual la piel de una etiópica beldad.

Apresúrate, sí: rápido el tiempo
Tenues hilos de plata enredará
En el tupido haz de tus cabellos,
Que al viento del desdén se mecerán...

Hoy dan las rosas su perfume suave,
Embriagan con su esencia virginal;
Olor de muerte les dará la tarde,
Y de rosas cadáveres serán.

Aspirémoslas, pues, el breve plazo
Que tengan de tus labios el carmín:
Desemos anhelantes esos labios
En tanto que una rosa luzca allí.

Cuando el tiempo marchite tus encantos,
Cintia, ninguno te hablará de amor
¡Triste! ni del magnate los lacayos
Reemplazarán á tus cortejos de hoy.

Espera que la uña despiadada
Del imbécil Saturno are tu sien,
Y verás que se alejan en bandadas
Tus amadores para no volver.

Tus umbrales son hoy apetecidos
Amor y gracia allí velando están;
Mañana en ellos dormirá el olvido
Y maldecida hierba crecerá...

¡Oh, Cintia! date prisa: la hermosura
Al afanar del tiempo huye veloz;
De una frente la más pequeña arruga
Puede ser tumba al más ardiente amor.

ANTONIO JOSÉ RESTREPO.



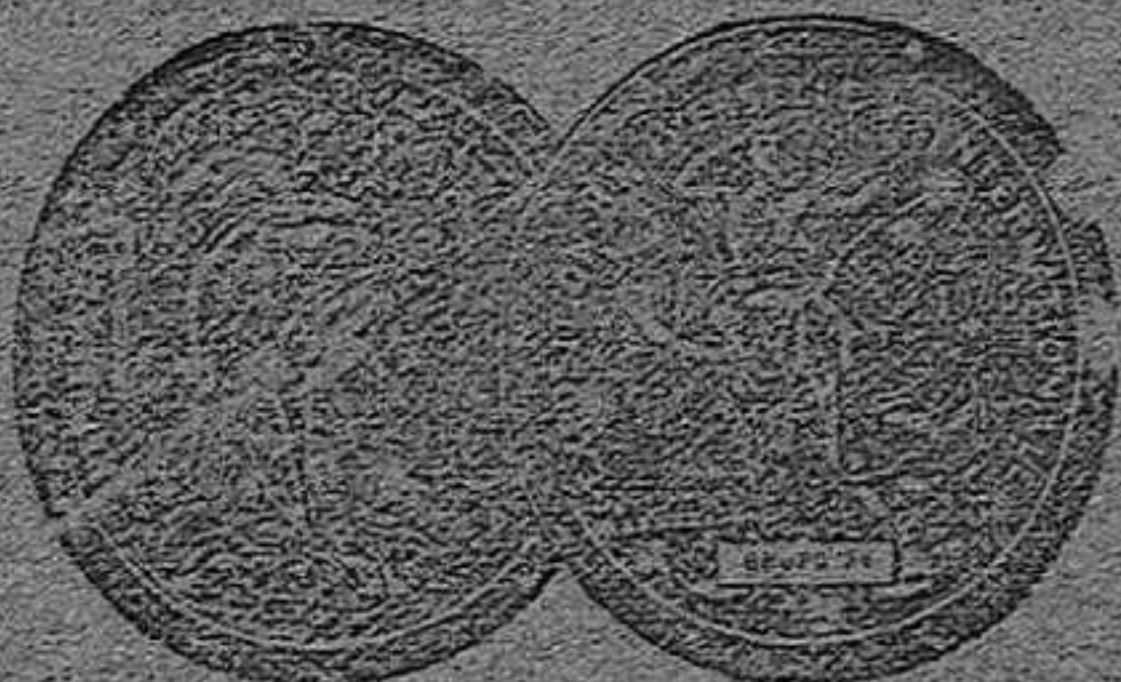
ADVERTENCIA

A consecuencia de una desgracia de familia que hace más de un mes pesa sobre nuestro Director, no podemos servir, con este número, á nuestros suscriptores el índice del tomo correspondiente al año próximo pasado, como ya le ofrecimos, lo que haremos á la brevedad posible, publicando la REVISTA con la puntualidad de siempre.

LA REDACCIÓN.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. J. M. S.—Madrid.—Pagada suscripción 1909.
Sr. D. A. B.—Barcelona.—Idem id.
Sr. D. J. V. de P.—Salamanca.—Idem id.
Sr. D. F. R. L. S.—Madrid.—Idem id.
Sr. D. J. T. D.—Olivenza.—Idem id.
Sr. D. J. G.—Villamiel.—Idem id.



Medalla de Plata en la Exposición de Paris de 1906.

AGENTE FINO DE OLIVA

VIRGEN

(GARANTIZADA SU PUREZA)

COSECHA Y ELABORACIÓN DE D. DANIEL BERJANO ESCOBAR

(SIERRA DE GATA)

Se vende en elegantes bidones de cinco litros, á 12 pesetas.

en casa del cosechero: Concepción, 4, Cáceres.

REVISTA DE EXTREMADURA

ORGANO DE LAS COMISIONES DE MONUMENTOS DE LAS DOS PROVINCIAS
HISTORIA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES

Precios de suscripción: un año	6'00 pesetas.
Número suelto	1'00 —
Número atrasado	1'50 —

La correspondencia literaria al Director:

D. DANIEL BERJANO ESCOBAR

Plazuela de la Concepción, 4. — Cáceres.

La correspondencia administrativa al Administrador:

D. MANUEL JIMÉNEZ,

Portal Llano, 19, Imprenta. — Cáceres.

Véndese en Madrid, Librería de FE (CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.)